

Ospina, Pablo. Migraciones, actores e identidades en Galápagos. Informe final del concurso: Culturas e identidades en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas CLACSO. 2001.

Disponible en la World Wide Web:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2000/ospina.pdf>



www.clacso.org

RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca> - biblioteca@clacso.edu.ar

Migraciones, Actores e Identidades en Galápagos¹

Pablo Ospina*

Introducción

*allí te abrías como puerta subterránea
cerca del solitario mar del fin del mundo*

Pablo Neruda (Memorial de Isla Negra)

Galápagos son islas mundialmente famosas. Su fama proviene de la importancia atribuida al archipiélago en el origen de la teoría de la evolución por selección natural. Aunque en ellas reside un número relativamente pequeño de especies de plantas, animales e insectos, resalta su alto grado de endemismo² y la vitalidad de sus procesos de cambio evolutivo. Ambas características se explican por el aislamiento físico en el que han permanecido, alejadas más de 1.000 kilómetros del continente americano, desde que emergieron en medio del océano hace 5 millones de años. Además, se encuentran en una zona de confluencia de corrientes marinas frías y cálidas, por lo están en una situación de “frontera” ecológica, donde coexisten climas variados y ambientes propicios para especies adaptadas a condiciones muy diferentes. Conviven los famosos pingüinos de Galápagos con los lobos marinos, especies polares y especies tropicales. El extraordinario estado de conservación de los ecosistemas isleños y la ausencia de otros archipiélagos oceánicos en similar condición han hecho de ellas un sitio natural de reconocida importancia ecológica global. Así se justifica su fama mundial, el desarrollo del turismo y la creación del área protegida más antigua del Ecuador.

Las sociedades humanas en las islas Galápagos son menos famosas. Durante el período colonial, las islas fueron el escenario de las correrías de piratas del viejo continente. Sin implantaciones permanentes, fueron también el refugio de balleneros y pescadores ocasionales que diezmaron poblaciones enteras de tortugas terrestres y lobos de dos pelos para extraer aceite y pieles. A partir de 1832, y a lo largo de todo el siglo, el Ecuador realizó varios intentos de colonización permanente. Floreana, una isla dotada de agua, al sur del archipiélago, fue la primera isla en ser ocupada por una colonia que pretendía quedarse para siempre. Estos intentos de colonización fueron llevados a cabo por “empresas” dirigidas por hombres audaces y violentos, obsesionados por hacer riquezas pero también por construir un mundo nuevo en tierras aisladas y hostiles. Luego de varios fracasos, el primer intento “exitoso” tuvo lugar en San Cristóbal, la más oriental de las islas, cuando a fines del siglo XIX se instaló una hacienda azucarera de nombre significativo: “El Progreso”. Un poco después, Isabela, al extremo opuesto del archipiélago, vivió también una exitosa experiencia de colonización. Santa Cruz, isla situada en el centro geográfico del archipiélago, sería la última en ser ocupada de forma permanente por una colonia civil: hacia 1926 se instalaron pequeños grupos de europeos que huían de una modernidad asfixiante mientras buscaban una nueva oportunidad para rehacer el mundo desde el principio sin repetir los errores del que dejaban atrás. El cuadro general de ocupación actual de Galápagos se cierra durante la Segunda Guerra Mundial, cuando se construye una base militar norteamericana en la isla de Baltra, al norte de Santa Cruz. En 1946, no sin conflictos, esta base pasó a manos ecuatorianas. A partir de entonces, con ese pequeño grupo de colonizaciones agrarias y de poblados aislados, los esfuerzos del Estado por ocupar las islas comenzaron a dar frutos. En los años setenta y ochenta, al

*Historiador graduado en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Investigador del Instituto de Estudios Ecuatorianos, Quito, Ecuador y becario joven del concurso “Cultura e Identidades en América Latina y El Caribe” de CLACSO / ASDI. Dirección electrónica halcon@access.net.ec

amparo de la modernización de la sociedad ecuatoriana posibilitada por la circulación de la renta petrolera y por la expansión del turismo en las islas, se consolidó la ocupación del archipiélago.

La población de Galápagos es relativamente pequeña (alrededor de 15.000 personas en 1998). Pertenecientes a un país donde campea la pobreza y el analfabetismo, Galápagos dispone de indicadores sociales notablemente superiores a los del continente y servicios públicos con altísimo nivel de cobertura. Todo indica que en las islas existe una sociedad “próspera” si la medimos con las trágicas medidas de la sociedad ecuatoriana. Aunque la pobreza no ha sido eliminada, las islas tienen apenas un 2% de desempleo abierto. Galápagos es, por lo demás, una sociedad urbana: 86% de la población vive en los puertos. Aunque las ciudades son muy pequeñas, son, sin duda alguna, “ciudades”: la población es mayoritariamente asalariada, en un país donde la crisis económica ha reforzado el histórico predominio de las pequeñas empresas familiares y del trabajo informal por cuenta propia. Mientras en Santa Cruz y San Cristóbal hay más asalariados (privados en un caso y públicos en el otro), en Isabela y en Floreana predominan los “cuentapropistas” (agricultores y pescadores). Este tipo de sociedad (“moderna”, urbana, “rica” para los estándares ecuatorianos) ha podido desarrollarse en el contexto de un crecimiento económico sin precedentes que dura ya dos décadas y que está sostenido por el turismo.

En esas condiciones no es raro que el proceso migratorio hacia Galápagos haya sido muy intenso desde fines de los años setenta. Mientras la tasa de crecimiento de la población del país se situó en 2,4% anual entre 1982 y 1990; en el mismo período el crecimiento de la población en Galápagos alcanzó el 5,9% convirtiéndola en la tercera provincia de mayor crecimiento del país. Solo un tercio de toda la población residente en las islas era nativa de la provincia en 1998. Para entonces la tasa de crecimiento anual había aumentado a 6,4%. Una característica notable de esta migración es que proviene, literalmente, y en forma casi exactamente proporcional, de todas las provincias del Ecuador. Es una verdadera “muestra” de la población continental. La mayoría de la población migrante nació en Guayas (Guayaquil), Pichincha (Quito), Manabí y Tungurahua. Resalta la existencia de una importante comunidad indígena “Salasaca” (Provincia de Tungurahua), una población de migrantes extranjeros (muchos de los cuales están ligados a actividades turísticas o de conservación) y un núcleo de población negra³.

En un trabajo anterior (Ospina 2001) argumenté que en Galápagos existe un poderoso “sentimiento de diferencia” que emergió en las sociedades isleñas desde fines de los años ochenta. Las identidades sociales son, precisamente, procesos por los cuales los actores marcan una *diferencia* entre ellos mismos y los “otros”; y al hacerlo, se reconocen como “nosotros”⁴. Ahora bien, aunque ese reconocimiento de “nosotros” no es eternamente estable, requiere, para producir efectos políticos y sociales significativos, un cierto margen de permanencia, un cierto grado de extensión entre los miembros de una colectividad y una mínima profundidad psicológica y cultural. En cierto sentido, las identidades sociales son, como los nombres propios, puntos [temporalmente] fijos en medio de mundos móviles (la frase pertenece a P. Ziff, citada por Bourdieu 1994: 84). Esos “márgenes”, “grados” y “profundidad mínima” no están pre – establecidos. Sus efectos sociales y su misma existencia solo pueden esclarecerse mediante la investigación empírica. El supuesto teórico que he asumido al buscar esa construcción de un “nosotros” relativamente estable, relativamente extendido y relativamente profundo en Galápagos, es que en la identidad de los actores hay al menos tres dimensiones superpuestas. Una dimensión de “integración social” que mediante la socialización inscribe a los seres humanos en el marco de los valores, principios y prácticas del grupo o grupos en los cuales crecieron. Una “dimensión instrumental”, por la cual los actores usan su adscripción identitaria como un recurso para lograr *otros* objetivos, como una estrategia para conseguir *otros* fines; y al hacerlo se construyen a sí mismos como sujetos. Por fin, una “dimensión de compromiso” afectivo con valores superiores de su cultura. Este compromiso le permite al actor justificar su acción y su vida como parte de la lucha por un ideal que considera justo y en el marco de valores que defiende y que lo superan. El actor es quien realiza el trabajo crítico de integrar todas las dimensiones de la identidad y crear una visión integrada y completa de sí mismo; una visión no desprovista de contradicciones y de sufrimientos⁵.

Galápagos es un verdadero laboratorio de la construcción de identidades sociales a ritmos vertiginosos. Decía en las conclusiones de ese trabajo que:

“Existe un proceso de formación acelerada de un sentimiento de comunidad en Galápagos (...). Este fenómeno ha sido posible por las condiciones de aislamiento persistente en que vive una comunidad pequeña. El mejoramiento reciente de los sistemas de comunicación no ha logrado vencer esta fatalidad, varias veces secular. El proceso ha sido ratificado por el desarrollo de características sociales (vida urbana, tranquilidad ciudadana, niveles educativos) distintas del Ecuador y condiciones de prosperidad económica que fortalecen la diferencia con el continente. Una segunda ratificación ha surgido por el aislamiento isleño dentro del archipiélago y la formación de comunidades relativamente

autónomas en cada isla.

“La mezcla de procedencias de migrantes venidos de todos los rincones del país ha favorecido el refugio fracasado en una identidad nacional debilitada y ha dificultado la reconstrucción de las identidades locales que dejaron atrás. Las redes comunitarias y familiares existentes en las islas, no han logrado ofrecer un refugio suficiente para anclar identidades comunitarias fragmentadas y particulares salvo en unos pocos casos demográfica y políticamente poco significativos. En esas condiciones, el proceso de construcción de un sentimiento de comunidad poderoso se ha visto acelerado por la necesidad psicológica de buscar referentes culturales y políticos nuevos ante la imposibilidad de reconstruir las identidades locales o nacionales perdidas en el nuevo contexto de lugar isleño.

“Finalmente, el proceso se vio impulsado y dotado de contenidos políticos explícitos con la maduración de una elite social y económica que pudo asumir un liderazgo cultural y político legítimo en las islas desde fines de los años ochenta. La radicalización del conflicto político en los años noventa y la solución negociada que se le encontró, al asegurar niveles importantes de autonomía local en las decisiones del manejo de la provincia, ha vuelto imperiosa la necesidad de los actores de clarificar sus proyectos, de justificarlos culturalmente (...) para negociarlos en un proyecto común.

“Ese sentimiento de comunidad se caracteriza por la oposición política y económica a los intereses “de afuera” y por la consiguiente afirmación de una diferencia irreductible con el continente. Está justificado en una visión sacrificada de sí mismos, de su historia y de su propia tradición. Allí se encuentra anclada la creencia en la existencia de un derecho adquirido. La forma política de la afirmación de ese derecho es la creación de un sistema de control migratorio. Pero también se caracteriza por una visión del espacio nuevo en el que se alojaron y que los llevó a sentirse diferentes luego de pasado un tiempo. Esos insulares doblemente aislados en los pequeños espacios conocidos de las islas pobladas han adoptado una imagen paradisíaca de las islas influenciada por las imágenes turísticas y por la sensación de orgullo nacional que ellas evocan al ser un patrimonio de importancia mundial” (Ospina 2001: 83-4).

Este artículo empieza precisamente en el lugar donde terminó el anterior. En aquel ensayo pude formular algunas hipótesis sobre las razones históricas y psicológicas por las cuáles ese proceso acelerado fue posible a partir del surgimiento y consolidación de un liderazgo político y cultural de origen local desde fines de los años ochenta y en particular al calor de la agitación social de los años noventa. Sin embargo, en ese trabajo *no quedaron establecidas las formas y los contenidos específicos de las “mediaciones” por intervención de las cuales fue posible que migrantes de orígenes sociales y geográficos tan diversos pudieran reconocerse en ese liderazgo y aceptar su legitimidad.* Este ensayo analizará dichas mediaciones, tratará de caracterizarlas y de establecer los efectos políticos y culturales que están teniendo sobre el proceso de formación de las “identidades galapagueñas”.

Estas “mediaciones” deben estudiarse en dos dimensiones. Primero, desde las “elites” locales, desde sus estrategias conscientes e inconscientes para ganar apoyos, adeptos, adhesiones sociales. Segundo, desde la historia cultural y el origen social de los migrantes o nativos que forman la población que se reconoce (o no) en ese liderazgo de las “elites” locales. Por eso hay dos ejes de análisis: las “redes” o estructuras organizativas de las elites locales y el carácter de las migraciones⁶. Cómo los líderes entienden su liderazgo y cómo los liderados entienden su adhesión. Es, pues, un estudio sobre la formación de los actores isleños y cómo se construye la *legitimidad* de un proyecto de comunidad. Esto requiere una aclaración.

En una nota sobre la dirección política durante el *Risorgimento* italiano, Antonio Gramsci (1999: 387) recordaba que la supremacía de un grupo social se manifiesta como “dominio” y como “dirección intelectual y moral”. Antes de conquistar el poder gubernamental estos grupos sociales deben ser “dirigentes”. Luego de conquistarlo, se vuelven “dominantes” pero deben seguir siendo también “dirigentes”. Estas notas son el reverso de su concepción del poder del Estado como el resultado de la aplicación simultánea del “consenso” y de la “coerción”. En Gramsci, la dirección intelectual y moral de una clase sobre otras es una opción consciente y deliberada. En sus textos, la “adhesión” y el “consenso”, parecen resultados conscientemente buscados y conscientemente aceptados⁷. Reconocemos en las reflexiones de Gramsci, por encima de los términos usados, los perfiles del concepto de legitimidad. Pierre Bourdieu ha criticado muchas veces esta idea de “legitimidad”. En su lugar, acude a la noción de “violencia simbólica”. En un texto reciente recuerda sus tesis, ampliamente retomadas en todos sus escritos:

“El ajuste prerreflexivo entre las estructuras objetivas y las incorporadas, y no la eficacia de la propaganda deliberada de los aparatos, o el libre reconocimiento de la legitimidad de los ciudadanos, explica la facilidad, en definitiva realmente asombrosa, con la que, a lo largo de la historia, y *exceptuando contadas situaciones de crisis*, los dominantes imponen su dominación (...) El Estado no

necesita por fuerza dar órdenes, ni ejercer una coerción física, o disciplinaria, para producir un mundo social ordenado, al menos mientras esté en condiciones de producir estructuras cognitivas incorporadas que se ajusten a las estructuras objetivas y garantizar así la sumisión dóxica⁸ al orden establecido” (Bourdieu 1999: 234 y 235. El subrayado es mío).

En realidad, ambos autores están hablando de temas distintos. Gramsci está preocupado, precisamente, de una de esas “contadas situaciones de crisis” porque lo que preocupa al comunista italiano no es crear una herramienta conceptual para descifrar la dominación. Lo que le interesa es crear una de esas “contadas situaciones de crisis” para cambiar el mundo. Bourdieu se preocupa de explicar la estabilidad del orden establecido. Gramsci, de encontrar modos para derrocarlo. Quiere ubicar la visagra entre el ejercicio deliberado de la voluntad de los grupos sociales y el funcionamiento de las estructuras objetivas que organizan la sociedad.

Galápagos se encuentra, precisamente, en un tiempo excepcional, donde un orden establecido está transformándose en otro. Las tres décadas que preceden al cambio de siglo están marcados por una “gran transformación”⁹: sociedades agrarias y campesinas se convirtieron en sociedades urbanas de asalariados y empresarios. Lo “tradicional” y lo “moderno” no pueden dejar de reconocerse históricamente en la rica variedad de sus formas y de sus pervivencias. No es una oposición simple y sabemos que la etiqueta de “tradicional” oculta bajo una sola palabra elusiva a realidades muy variadas¹⁰. Pero solo colocados en las coordenadas de la vorágine de ese proceso agitado y devastador, podremos entender la forma concreta que adquieren las relaciones entre dirigentes y dirigidos, la forma específica en que se construyen los actores y cómo se las arreglan para crear sus formas de representación política.

En esas situaciones de cambio estructural se produce una fisura entre las “estructuras cognitivas incorporadas” y las “estructuras objetivas”. Se produce una situación de “heterodoxia” (o “paradójica”) en la cual los supuestos de la *doxa* se rompen y las alternativas resultan visibles¹¹. El propio Bourdieu analizó una de estas coyunturas en un pequeño poblado campesino de Francia sujeto a aceleradas transformaciones estructurales (1991: 245-65).

En esas situaciones, las estrategias deliberadas de los actores adquieren otra relevancia. La voluntad se encuentra con las estructuras objetivas en proceso de transformación. El mundo parece más abierto y más alternativas parecen viables. No es casualidad que en tiempos de revolución florezcan las utopías y también las profecías. Muchas veces, aún en esas circunstancias, los cuestionamientos sociales no llegan a las profundidades abisales de las estructuras más oscuramente incorporadas de la dominación. A veces afectan solamente la superficie de las cosas; pero aún en esa delgada capa que recubre la piel de la sociedad, los sujetos pueden elegir y construir colectivamente, en marcos estructuralmente definidos, más o menos amplios según las circunstancias, sus opciones sociales. La construcción de identidades galapagueñas se encuentra precisamente en el espacio de esa curiosa confluencia. Las nuevas identidades sociales se están construyendo a un ritmo vertiginoso en el contexto de poderosos cambios estructurales que transformaron por completo la faz de las sociedades isleñas. En el surgimiento de esas identidades las estrategias deliberadas de los actores jugaron un rol determinante, pero solo pudieron hacerlo tomando en cuenta los intereses concretos de las personas con las que convivían, las herramientas simbólicas y políticas de las que estaban armados y la historia cultural que tenían atada a sus espaldas. Al final, la forma de esas identidades no está cuestionando los cimientos de la dominación ni alcanza para transformar la lógica de funcionamiento de la nueva sociedad. Los actores no se plantearon lograrlo. Lucharon con lo que tenían a mano y buscaron navegar en medio del desconcierto. Fueron más modestos en sus intenciones y en sus resultados.

Para abordar los *mecanismos* que usaron los actores para hacer este proceso posible, empezaré mostrando el origen social e histórico de los dirigentes actuales de la sociedad isleña. De qué sectores sociales provienen sus cuadros y cuál es su ubicación en la nomenclatura de la sociedad galapagueña. Enseguida, intentaré mostrar la matriz “tradicional” de la que provienen esos dirigentes y los pliegues provocados en él por una sociedad que se fue transformando al ritmo variado de sucesivas oleadas migratorias. Lo haré a través del ejemplo de la isla Isabela. Trataré de mostrar cómo funcionan y se formaron las *redes familiares* en la isla y cómo ellas configuran actores sociales que se adaptan y acomodan a los cambios de contexto y al vínculo con el exterior. Estas estructuras familiares, presentes en todas las islas, son la primera de las mediaciones significativas por intervención de las cuales se expresan y representan los actores en las islas. En la tercera sección abordaré el problema central que plantea la formación de las identidades galapagueñas: cómo fue posible que migrantes recientes, en un contexto de altísima movilidad espacial y social, provenientes de variados contextos sociales y geográficos, pudieran aceptar con relativa rapidez el liderazgo político y cultural de los migrantes más antiguos y pudieran reconocerse en su discurso identitario. Para responder a esa interrogante, me refiero al manejo político de las redes familiares de los migrantes antiguos y los nativos, a

los factores de prestigio y legitimidad cultural de esos viejos migrantes, a las características de la experiencia migratoria y de las búsquedas vitales de quienes abandonaron poco antes su modo de vida para instalarse en la provincia. Por último, me ocupé de examinar el principal mecanismo organizativo a través del cual esos recién llegados expresaron sus reivindicaciones y pudieron negociar una parte de ellas en ese proyecto de comunidad que se sostenía en el discurso identitario. Las organizaciones gremiales creadas en los años noventa también se imbricaron con las instituciones estatales, compitieron con las redes familiares y buscaron responder a un nuevo contexto institucional en el cual los contenidos del proyecto isleño de administración autónoma de la provincia deben irse precisando paulatinamente. Esa construcción de los contenidos de un proyecto de manejo del archipiélago está contribuyendo al surgimiento de nuevos actores sociales isleños. Ese es el tema final que abordaré en las conclusiones del trabajo.

La formación de los liderazgos

A.C. es hoy en día un próspero operador local de turismo. Llegó a ser presidente de la Cámara Provincial de Turismo de Galápagos. Nació en las islas, igual que sus nueve hermanos. Su padre era un agricultor nacido en la serrana provincia de Imbabura. Durante años la familia vivió de la producción de auto - subsistencia y de la venta de los dulces y el licor que su madre producía para los barcos que ocasionalmente visitaban el archipiélago. Todo cambió cuando el turismo organizado se instaló a fines de los años sesenta. M.C., el mayor de los hermanos, de carácter recio, sociable y dotado de una facilidad natural para los idiomas, trabajó como uno de los primeros guías de turismo de la primera embarcación que hizo cruceros en Galápagos; el Bote Lina A de la compañía quiteña Metropolitan Touring. Como muchos de los pioneros, aprendió biología en sus largos recorridos como guía de científicos visitantes de la Estación Darwin y gracias a ello y a su disposición para aprender, se convirtió en un profundo conocedor de las islas. Como guía de turismo, recorrió el archipiélago e hizo una fortuna con la que ayudó a sus hermanos varones a estudiar la secundaria en el continente. Al terminar el colegio, A.C. volvió a Galápagos. Se enroló como marino y estudió en los cursos regulares para capitán cada vez que se presentó la ocasión. Su vida cambió gracias a una ocupación inesperada. Durante tres años se dedicó a recoger langostas con L.C, uno de sus hermanos menores. Previa a la llegada de un barco pesquero, las recogían en abundancia por las noches, sin bucear, al filo de las rocas. Las guardaban por unos pocos días en pequeños criaderos improvisados, donde se almacenaban doscientas y hasta trescientas por embarque. El día anterior a la visita del comprador las mataban y extraían la cola, única parte comercial. Con la fortuna recaudada en unas islas donde gastaban poco, lograron apoyar los estudios de dos de sus hermanos menores. Sobre todo, el dinero acumulado les sirvió como parte de la inversión necesaria para la compra de un pequeño velero de turismo para seis pasajeros. La otra parte provino de las familias de sus esposas. L.C. y A.C. se casaron con europeas que se enamoraron de ellos y de las islas. Durante nueve años ambos hermanos trabajaron asociados en el negocio turístico. Finalmente, A.C. compró, con los recursos ahorrados, un nuevo velero de turismo, hizo los trámites legales y se instaló en la actividad individualmente. L.C., por su parte, se quedó con la embarcación antigua pero no quiso someterse a los trámites legales para obtener un cupo independiente de operación turística. Entendía que, como galapagueño de nacimiento, eso le correspondía por derecho natural¹². Mientras tanto sus hermanos y hermanas menores concluyeron sus estudios. Tres fueron guías, biólogos y funcionarios de las instituciones de conservación de la naturaleza. Dos de los hermanos mayores vivieron por muchos años fuera de las islas, una en Quito y M.C. en Miami; pero al momento de la entrevista se estaban instalando de nuevo en la provincia en la que nacieron. Solo uno de los hermanos quedó encargado de la finca familiar, enamorado de la agricultura y al cuidado de su madre¹³.

Una familia que se adaptó, en una generación, a la transición de un mundo agrario a uno moderno. Para lograrlo, la primera generación de nativos aprovechó todos los vínculos con el exterior que estaban a su alcance: las visitas esporádicas de barcos extranjeros que atracaban en las islas en los años cuarenta y cincuenta; los trabajos de científicos visitantes que aprovechaban la instalación de la Estación Científica Charles Darwin a inicios de los sesenta; el arribo de barcos pesqueros que comerciaban con la exportación de la langosta; el inicio de las actividades de la primera empresa turística nacional que abrió el mercado turístico de Galápagos a fines de los sesenta; e incluso unos afortunados matrimonios que les abrieron un campo de contactos internacionales y de fuentes de financiamiento que ayudarían a darle forma a sus proyectos comerciales. Pudieron aprovechar también la abundancia natural de unas islas que todavía tenían mucho que ofrecer a muy pocos pioneros. El apoyo mutuo, la solidaridad familiar y la capacidad para adaptarse a varios trabajos, hicieron el resto. La historia del turismo local en Galápagos es la historia de un advenedizo que se introdujo en los intersticios abiertos por la apertura de las islas al exterior. Solo pudieron escabullirse los que aprovecharon la apertura y crearon medios para manejarla. El recorrido de A.C. y de su familia es una buena ilustración de la forma en que el turismo de operadores locales logró formarse, a pulso, en las fisuras del

turismo organizado desde el continente.

Pero estos operadores locales son pocos. Una parte más sustancial proviene de una pequeña minoría de pescadores cristobaleños que reconvirtieron sus embarcaciones pesqueras en embarcaciones turísticas y se trasladaron de San Cristóbal a Santa Cruz en los años setenta. Con esa doble reconversión, económica y territorial, pudieron sobrevivir y prosperar. Un segundo grupo de operadores locales son los descendientes de aquellos pioneros europeos que se habían instalado en Santa Cruz en las primeras décadas del siglo XX en busca de un rincón alejado de un mundo moderno en el que habían dejado de creer¹⁴. Contadas familias lograron, pues, “adaptarse” y seguir el ritmo de los cambios a los que las islas estaban siendo sometidas por fuerzas que ellos no controlaban más. Estas familias nativas ligadas al comercio turístico, pero de un muy reciente origen agrario y campesino, formarán el corazón de la dirigencia social de las islas Galápagos, a fines del siglo XX, sobre todo en Santa Cruz, donde se concentra la actividad del turismo comercial.

En los años setenta y ochenta se instalaron también las instituciones públicas. Entre el fin de los patronazgos (años 1920 – 1930) y la creación formal de la provincia de 1973, el territorio fue administrado por la Marina, única institución relevante con presencia en las islas. Pocos y débiles fueron sus acompañantes. A mediados de los cuarenta crecería la presencia de la policía (por la colonia penal de Isabela), aparecerían las escuelas fiscales y, en los años cincuenta, la misión franciscana. La política desarrollista y nacionalista del gobierno militar de Guillermo Rodríguez Lara, accedió a crear formalmente la provincia¹⁵ y por primera vez en la historia ecuatoriana de las islas, el Estado parecía tener medios para sostenerla de verdad. La creación de los tres municipios en Isabela, Santa Cruz y San Cristóbal en 1973 cambiaría el rostro de las islas. Pero la “provincialización” fue, en la práctica, un proceso progresivo. Los hechos sobresalientes de esta instalación por etapas serían la organización del Parque Nacional Galápagos en 1968 y luego en 1972, el inicio de los vuelos regulares de la compañía aérea TAME¹⁶ en 1975 y, sobre todo, la ley de creación del INGALA en octubre de 1979. El proceso concluiría más de dos décadas después de comenzado, en 1996, cuando se organizó el Consejo Provincial de Galápagos y se aceptó la representación de 2 diputados provinciales en lugar de uno solo (“como en todas las provincias del Ecuador”)¹⁷.

Los funcionarios instalados en sucesivas oleadas migratorias, cada vez mayores, entre los años cuarenta y los años ochenta, serán el origen de un segundo sector de dirigentes sociales y políticos isleños. Los más antiguos de estos funcionarios instalados especialmente en San Cristóbal (capital de la provincia y sede de la mayor parte de las instituciones públicas) compartían un origen campesino en la sierra o la costa con los agricultores que se habían instalado un poco antes en la isla y que habían aprovechado la situación incierta de tenencia de la tierra que provocó la disolución de la hacienda El Progreso. Difícilmente hubieran podido sobrevivir en los años cuarenta, cincuenta y sesenta, en estas islas abandonadas, sin tener habilidades para la agricultura o la autonomía alimentaria. Los que no las traían incorporadas desde la temprana socialización, debían aprenderlas y quienes no las aprendían debían regresar, deshechos y derrotados, al continente del que salieron¹⁸. Algunas familias de origen agrario instaladas antes del crecimiento del Estado en San Cristóbal y en Isabela, se apoderarán del control de los puestos que el gobierno iba creando en las islas para asegurar su administración y se convertirán por ese motivo, *de facto*, en dirigentes de la comunidad. En ambas islas, donde se produjo una débil vinculación al turismo, las únicas actividades generadoras de ingresos económicos fueron, y son todavía, la pesca y la administración pública.

Actualmente, el Estado en Galápagos es un actor (o un conjunto de actores) extremadamente poderoso. Si consideramos el gasto per – cápita, Galápagos es la provincia que mayor presupuesto público tiene en el Ecuador (SIISE 2001, Ospina 1998: 3-4). Esto se confirma en el gasto educativo por alumno o por profesor (SIISE 2001). El gasto municipal por habitante es también mucho más alto que en cualquier otra provincia (Larrea 1998). Antes de la Ley Especial de 1998 se estimaba que el gasto público en las islas, incluido el gasto municipal, superaba los 11 millones de dólares anuales. Con la vigencia de la Ley y a pesar de la seria crisis económica, es probable que esté rondando los 14 millones de dólares en la actualidad. Además, el 20% de la Población Económicamente Activa de las islas trabaja en la administración pública (INEC 1998: Tabla 16a). Al margen de las ineficiencias que sin duda existen en la distribución y manejo de este gasto público, no cabe duda que la mayoría de gremios y familias (si no todos) han accedido a algún tipo de “apoyo”, de “ayuda”, o de “proyecto” público. Las obras públicas, concentradas en espacios relativamente reducidos¹⁹ y con una población pequeña y conocida, alcanzan para repartir al menos “algo” a casi todos. Esta es una práctica corriente en todo el Ecuador, pero en Galápagos, dados los altos presupuestos per – cápita, tenemos una extensión inusitadamente amplia del mecanismo de reparto.

Para fines de los años ochenta el número de instituciones llegó a ser tan importante que virtualmente ningún dirigente local pudo dejar de ocupar, alguna vez, un puesto de responsabilidad en el Estado. Es prácticamente imposible encontrar en las islas una persona que no tenga algún pariente bien situado en alguna

institución pública. Aunque los dirigentes locales se mueven dentro de ciertos límites (en especial de fondos públicos y ciertas orientaciones políticas nacionales), la definición práctica de prioridades en la gestión pública diaria depende básicamente de una dirigencia social que literalmente “rota” en los puestos directivos de las instituciones provinciales. La sociedad local está ampliamente representada en los organismos estatales. La red de instituciones públicas y la fortaleza o debilidad de la institucionalidad estatal se ha convertido, por la fuerza del aislamiento, en una parte sustancial del tejido social galapagueño. Solo dos instituciones guardaron sus distancias y su autonomía relativa frente a esta mutua invasión de la sociedad en el Estado y del Estado en la sociedad: el Parque Nacional Galápagos y la Estación Científica Charles Darwin. De este detalle significativo de su historia proviene parte de su fuerza y de su debilidad. No es raro que gran parte del conflicto de los años noventa haya girado alrededor de estas instituciones. El proyecto PARGAL (Parque Galápagos) presentado por el diputado Alfredo Serrano en 1992 y el intento de Eduardo Véliz de copar el Parque Nacional Galápagos cuando fue diputado entre 1994 y 1997 responde a esta idea. En 1996 un galapagueño de nacimiento sería designado por primera vez como director del Parque Nacional y la institución comenzaría un proceso de estrechamiento de sus lazos con la sociedad local.

En esas condiciones, las instituciones públicas son incapaces de actuar como “árbitros” imparciales de la vida social o como jueces impersonales de los múltiples conflictos familiares o sociales. Esa distancia insensible con el tejido social galapagueño le otorga legitimidad a las instituciones, pero al mismo tiempo las convierte en el centro de ácidos conflictos y una dura competencia por alcanzar su control. Las instituciones estatales están impregnadas hasta la médula por la organización social tradicional, es decir, de las redes familiares y comunitarias que influyen en la orientación de las actividades del sector público isleño. En Galápagos, la vida institucional está marcada por una intimidad inseparable entre sociedad política y sociedad civil.

En síntesis, el crecimiento del comercio turístico y de la presencia estatal fueron procesos históricos paralelos que se reforzaron mutuamente. Ambos produjeron grupos de dirigentes sociales cuya existencia misma dependía del manejo de la relación con el mundo exterior a las islas. Y sin embargo, el exterior podía aparecer como una fuerza amenazante capaz de disolverlos para siempre. La profunda ambivalencia del proyecto de comunidad isleña deriva de esta contradicción asfixiante. La explicación de esta contradicción empieza con el aislamiento en que se formaron las sociedades galapagueñas, crecieron sus actuales dirigentes y sobre las cuales se desatará el vendaval incierto de la modernización. Usaremos el ejemplo de Isabela pero el proceso fue parecido, aunque con matices, en las otras islas.

Familias originales y modernización en Isabela

Sin duda hay que dejar de entender a la familia como un dato inmediato de la realidad social para ver en ella un instrumento de construcción de la realidad

Pierre Bourdieu (1994: 143)

A. C., una profesional cristobaleña, radicada por un corto año en Isabela, se declaraba sorprendida de lo que ella llamaba el “espíritu de clan” existente en la pequeña sociedad de 1.500 almas de la más grande de las islas del archipiélago. Se sentía excluida del mundo de la isla por no formar parte de una enmarañada red de parientes que atraviesa las relaciones sociales isleñas. “Todos aquí son familia. Incluso los que tienen apellidos diferentes, muchas veces están emparentados por sus abuelas maternas”²⁰. A pesar de ser nativa de Galápagos era tratada como “afuereña”, es decir, como una persona inapta para comprender el funcionamiento de la vida local. En su opinión este tipo de exclusiones no se producía en San Cristóbal (Puerto Villamil, entrevista del 2001/07/27). En realidad, los habitantes de Santa Cruz reprochan exactamente la misma actitud a los cristobaleños. Por su parte, los “cruceños” se sienten más abiertos a las influencias del exterior, más disponibles al trato amable y a la integración de los afuereños. Pero los continentales también dicen sufrir sus distancias y sus desplantes. Isabela solo muestra la forma todavía reconocible y extrema de una sociedad local organizada sobre los mismos soportes en todas las islas.

Aquella actitud encerrada e impermeable al exterior de la que se quejaba la joven profesional cristobaleña, esa distancia irreductible ante los afuereños y ese repetido intento de marcar distancias con los “otros”, puede considerarse uno de los rasgos más notables de la identidad de los isleños más antiguos y de los nativos (Grenier 1996: 506-10; Ospina 2001: 45-9). Las razones económicas, políticas y culturales de este “encierro” han sido discutidas en otro estudio (Ospina 2001). Baste recordar por lo pronto que esa distancia y esa hostilidad latente ante los afuereños es parte de una lucha por el control de los recursos naturales, del

manejo político de la provincia y de la protección de los empleos locales. Esa imagen dura y encerrada de sí mismos proviene también de una lectura de la historia humana en Galápagos y de su propio rol en ella. La memoria colectiva ha forjado de sí mismos una imagen obstinada y sacrificada en la solitaria lucha por humanizar un territorio hostil en la más cruel de las soledades y los abandonos. Los recién llegados, los afuereños y los continentales, no entienden ese pasado, no lo valoran, no reconocen el derecho de privilegio de quienes llegaron primero y, con su sacrificio, hicieron posible la prosperidad de las islas.

En esta sección intentaremos reconstruir la forma como se forjó el tejido social sobre el cual se han podido difundir y transmitir esos valores, esos sentimientos y esas actitudes ante los afuereños. Un “tejido social” que sustenta la idea de un “nosotros” preexistente y cuyas fibras íntimas, variopintas y flexibles, son las relaciones de parentesco²¹. Este análisis corresponde, con toda claridad, a esa dimensión de la identidad que depende del proceso de socialización, de esa “incorporación” de los individuos al grupo social al que pertenecen, de la formación de esa “segunda naturaleza” por el trabajo repetido y constante de difusión de los valores, los deseos y las prácticas del contexto social dominante. En Isabela, la sociedad local está marcada por una extensa red familiar que vincula un puñado de familias entre sí y las organiza en la forma de un “clan”. Entender la forma precisa en que se formó este “tejido” nos permitirá valorar su rol en las prácticas políticas isleñas de hoy y de mañana y también nos servirá para comprender los acuerdos contra los cuales se están tensando, todavía hoy, las fuerzas arrolladoras de la “modernización”.

Las “familias originales” y los tiempos de la apertura

Antonio Gil, miembro de una distinguida familia liberal guayaquileña, fue, a partir de 1897, el director de orquesta de la colonización exitosa de la más grande de las islas del archipiélago. Gil fundó la hacienda “Santo Tomás”, en la zona húmeda del sur de Isabela y la dedicó a la cacería y venta de ganado cimarrón, a la explotación del azufre de “Volcán Chico” y a la extracción de aceite de tortugas gigantes (Latorre 1999: 199 – 211). Su muerte, en 1918, marcó el inicio de la decadencia de la hacienda. Su hijo, Antonio Gil Quezada, residente en Isabela, se hizo cargo del manejo de la herencia. A diferencia del fin abrupto y violento del patronazgo de Manuel Julián Cobos en San Cristóbal, donde la rebelión y el asesinato del patrón fueron el preludio de la huida de casi todos los trabajadores (Latorre 1991); la disolución de la hacienda en Isabela se produjo lentamente por una combinación de la venta y partición realizada por uno de los herederos (Carlos Gil Quezada, que la manejó a la muerte de su hermano Antonio), por la intervención del Estado y por la acción de la ocupación de facto de los antiguos peones.

Un pequeño número de ex – peones de la hacienda Santo Tomás y un pequeño grupo de descendientes de Antonio Gil, se aliaron mediante matrimonio y formaron el núcleo de lo que llamaré las “familias originales” de Isabela²². Con tal expresión me referiré a las familias que estaban presentes antes de 1920 en la isla. Podemos aproximarnos a estas familias a través del rastreo de sus apellidos. Basado en esta fuente, identifiqué 19 apellidos que podríamos clasificar en tres tipos. El *primer grupo* lo forman los apellidos de varones que dejaron poca descendencia. Entre ellos, la familia de Enrique Cisneros, antiguo peón de la hacienda que se volvió comerciante y cuyo hijo, Rodrigo, sería el primer diputado isabeño. La familia de Juan José Lincango, oriundo de Cayambe que apenas tuvo dos hijos y su apellido se pierde con el tiempo. La familia de Julio Jaime, cuya descendencia se extendió, por razones que veremos luego, entre Isabela y San Cristóbal. Un *segundo grupo* está formado por los apellidos de mujeres. Puesto que en nuestra sociedad los apellidos se transmiten por línea masculina, el rastro de las mujeres se pierde con el tiempo independientemente de tamaño de su descendencia: los apellidos de Josefina Vaca y Mercedes Cabanilla, esposas de Luis Lincango y Julio Jaime, o los de Julia Viejón, apenas se conservan. Pero no tienen mejor suerte los de Pascuala Chamaidán, Luzmila y Felicita Ochoa o Isabel Delgado, que dejaron una amplísima descendencia²³. Isabel Delgado fue hija del primer “Jefe Territorial” de las islas Galápagos que sucedió a la muerte de Manuel Julián Cobos en San Cristóbal (Puerto Villamil, entrevistas a J.G. 15/02/2000 y a G.J., 17/02/2000). El resto parece haber llegado a Galápagos por matrimonio. En el *tercer grupo* están los apellidos que combinan la línea masculina con una prolífica descendencia. Como resultado, estos apellidos dominan la isla todavía hoy y se mezclan en todas las combinaciones posibles. En primer lugar, el apellido Gil. Antonio Gil Quezada, hijo del colonizador, se casó con Ramona Fajardo y tuvo siete hijos, de los cuales dos se instalaron en Isabela de forma permanente: los hermanos Olmedo y Bolívar Gil Fajardo. Estos dos nietos del pionero del proceso de colonización serán el origen de la extensa “familia Gil” de Isabela. Los otros dos apellidos tienen su origen en Rafael Tupiza y Serapio Jaramillo. Serapio era un capitán del ejército que huía del alfarismo cuando iniciaba el siglo XX para trabajar en la hacienda de Antonio Gil (Puerto Villamil, entrevista a G.J., 17/02/2000). De Rafael Tupiza solo sabemos que fue un ex – trabajador de la hacienda.

El período que se extiende entre los años veinte y mediados de los cuarenta está marcado por un profundo aislamiento. Una solitaria práctica de viaje rasgaba el cuadro del absoluto aislamiento de los isleños:

la “costumbre” de intercambiar temporalmente peones entre los dueños de la hacienda “el Progreso”, en San Cristóbal y los de la hacienda “Santo Tomás”, en Isabela (Puerto Villamil, entrevista a A.L. 26/07/2001, cuyo padre conoció a su madre en San Cristóbal en uno de esos “intercambios”). Como resultado las “familias originales” tendieron a intercambiarse entre sí de forma casi exclusiva por casi tres décadas. Las hermanas Ochoa se casaron con los hermanos Gil. Pascuala Chamaidán se casó primero con Rafael Tupiza y luego, a la muerte de su primer marido, con Olmedo Gil, que había enviudado de Luzmila Ochoa. Serapio Jaramillo, por su parte, se unió a Isabel Delgado y procrearon 14 hijos. Los hijos de las familias Gil – Ochoa (las dos parejas), Gil – Chamaidán, Tupiza – Chamaidán y Jaramillo – Delgado, se intercambiarán de manera casi exclusiva hasta que dos acontecimientos provocarán la primera tímida “apertura” de la isla.

En 1946, el gobierno nacional decide instalar una colonia penal en Isabela. La colonia será desalojada en 1959, y durante ese período aportará un nuevo, aunque pequeño, contingente de migrantes: los policías y los “penados”²⁴. A ellos se sumaron algunas familias campesinas desplazadas por el terremoto de Ambato en 1949²⁵. A las familias que llegaron, se restarán las que salieron. Al parecer algunas familias, descontentas y temerosas con la instalación de la colonia penal, se trasladaron a San Cristóbal (Puerto Villamil, entrevista a J.G. 30/07/2001). Otros salieron por la oportunidad de trabajar como pescadores en la compañía “La Predial” que se instaló a fines de la década en San Cristóbal, la capital de la provincia. Entre unos y otros tenemos a algunas familias que combinarán descendencia y parientes en ambas islas, como las familias Olaya, Jaime, Lincango, Zavala y García (Puerto Villamil, entrevistas a G.G., J.G., A.L. el 26 y el 30/07/2001). Algunos volverían luego de la quiebra de “La Predial” y de la salida de la Colonia Penal, como A.L., y otros mantendrían lazos estables en ambas islas como la familia Jaime.

Las nuevas familias instaladas en la isla en esta época compartían un origen campesino con las familias que los acogían. Esto ocurría incluso con los ex – policías que no eran de origen “urbano” sino campesino pero que al tener un cierto grado de educación formal, podían actuar como funcionarios públicos (entre los casos que conozco, A.C., Puerto Villamil, conversación del 31/07/2001 y el marido de B. C., Puerto Ayora, entrevista del 06/08/2001). Estas familias se adaptaron rápidamente al modo de vida de las “familias originales” y se vincularon a ellas por una compleja red de alianzas matrimoniales. De los 17 nietos de Antonio Gil Quezada que se quedaron a vivir en Isabela, 11 se casaron con otros miembros de las “familias originales”, 4 con miembros de las familias instaladas en los años cuarenta y cincuenta y solo 2 con familias de afuera. Entre los biznietos del hijo del fundador de la hacienda Santo Tomás, de los 77 matrimonios conocidos de miembros de la familia que estaban establecidos en Isabela en julio de 2001, 21 matrimonios se realizaron con miembros de otras “familias originales”, 17 con descendientes de los miembros de familias instaladas en los años cuarenta y cincuenta y 39, con representantes de familias instaladas posteriormente²⁶. Los miembros de estas familias tampoco tienden a abandonar la isla: solo 4 nietos de Antonio Gil Quezada (de 21) nacidos en la isla la abandonaron y estaban fuera a fines de julio de 2001. Entre los biznietos, la movilidad fue mayor: 73 estaban establecidos en Isabela (o habían muerto allí) y 30 estaban instalados fuera de la isla o habían muerto lejos de la tierra natal. De todas formas, es todavía perceptible una fuerte tendencia a permanecer en la isla. De los treinta que vivían fuera de Isabela en julio de 2001, diez estaban instalados en San Cristóbal, es decir, en la misma provincia.

El aumento de la migración y la apertura de la isla hacia el exterior han debilitado la tradicional endogamia de una comunidad aislada. Para fijar mejor los tiempos y ritmos de la apertura resulta útil examinar el proceso a través de otra fuente: los registros de matrimonios del Registro Civil de Isabela. Hay que decir primero que no todos se casan legalmente en la isla. Muchos prefieren la convivencia de facto. Entre los que se casan, algunos lo hacen en otra isla o en el continente. Por ello, no tenemos la constancia de todas las alianzas establecidas y nos falta mucho todavía para entender la lógica de las estrategias matrimoniales. Sin embargo, a partir de los datos disponibles, podemos hacer algunas lecturas nuevas y relacionarlas con la historia local.

Entre enero de 1950 y diciembre de 2000 los libros de matrimonios del Registro Civil de Isabela han anotado 202 matrimonios legales (faltan los libros de 1968 y 1969). Es decir, un promedio de apenas cuatro por año. La tendencia endogámica de las “familias originales” se debilitó notablemente en la segunda mitad del siglo conforme su importancia demográfica descendía por efecto de los nuevos aportes migratorios (ver Cuadro 1). Mientras en la década del cincuenta, 39% de los matrimonios se hacían entre miembros de las “familias originales”, en la década del noventa, este porcentaje descendió al 11%. En esa misma década, por primera vez en cincuenta años, el número de matrimonios entre cónyuges de familias “nuevas” superó a los matrimonios “mixtos”. Esta constatación nos permite entrar en el análisis detallado del proceso de “apertura” de la isla al mundo exterior.

Cuadro 1

Matrimonios según origen familiar en Isabela (1950-2000)

	Familias posteriores**		Familias originales***		Mixto ****		TOTAL
	No. de matrimonios	% de matrimonios de la década	No. de matrimonios	% de matrimonios de la década	No. de matrimonios	% de matrimonios de la década	
1950 - 1959	12	42,9	11	39,3	5	17,9	28
1960 - 1969 *	8	33,3	3	12,5	13	54,2	24
1970 - 1979	16	33,3	9	18,8	23	47,9	48
1980 - 1989	19	39,6	9	18,8	20	41,7	48
1990 - 2000	25	46,3	6	11,1	23	42,6	54
TOTAL	80	39,6	38	18,8	84	41,6	202

Notas:

* No existen registros de 1968 y 1969

** Matrimonios entre familias instaladas en Isabela luego de 1920

*** Matrimonios donde los dos contrayentes tienen apellidos de familias instaladas antes de 1920

**** Matrimonios "mixtos" entre contrayentes anteriores y posteriores a 1920

Para identificar a un contrayente de una "familia original" se consideró que uno de sus dos apellidos debía corresponder al de familias originales. En ocasiones esto se combinó con el lugar de nacimiento para asegurar que no se tratara de apellidos iguales pero de familias diferentes.

Fuente: Libro de actas de matrimonios 1950 – 2000, Registro Civil de Isabela.

El análisis por lugar de nacimiento de los contrayentes nos acerca mejor a los sucesivos períodos de la apertura isleña ante las arremetidas del exterior (ver Cuadro #2). En los años cincuenta, se constata una fuerte presencia de “afuereños”: más de la mitad de los matrimonios. Esto corresponde a la primera “apertura” de las islas, pero también a que durante esos años se inscribieron varios “registros tardíos” de matrimonios de los primeros colonos (forzosamente “afuereños”, como Pascuala Chamaidán, nacida en Taura, provincia del Guayas). Los matrimonios “mixtos” son probablemente los que mejor expresan los distintos momentos de la “apertura” de la isla. Sus momentos más fuertes se vivieron en años setenta y en los años noventa. Paralelamente, en los noventa, el matrimonio entre nativos isabeleños llega a su más baja representación desde que existen registros, a pesar de que las personas nacidas en la isla representan el 49% de todos los residentes de la isla según el censo de 1998 (Borja y Pérez 2000: cuadro 3, p. 160).

Cuadro 2

Matrimonios por lugar de nacimiento de los contrayentes (Isabela 1950-2000)

AÑOS	Matrimonios entre afuereños	%	Matrimonios entre isabeleños	%	Matrimonios mixtos	%
1950 - 1959	15	54	9	32	4	14
1960 - 1969 *	9	38	9	38	6	25
1970 - 1979	13	27	15	31	20	42
1980 - 1989	13	27	19	40	16	33
1990 - 2000	22	41	8	15	24	44
TOTAL	72	36	60	30	70	35

Notas:

*No existen registros de 1968 y 1969

Matrimonio entre afuereños = cuando los dos cónyuges han nacido fuera de Isabela

Matrimonio entre isabeleños = cuando los dos cónyuges han nacido en Isabela

Matrimonios mixtos = cuando solo uno de los cónyuges ha nacido en Isabela

Fuente: Libro de actas de matrimonios 1950 – 2000, Registro Civil de Isabela.

¿Cómo interpretar estas cifras? Luego del cierre de la colonia penal, a fines de la década de los cincuenta, se produjo una nueva fase de aislamiento que durará un poco más de 15 años. Ella termina abruptamente en 1973 cuando se creó la provincia de Galápagos y el Municipio de Isabela. Un nuevo grupo de funcionarios públicos, comerciantes y profesores se instalaría en la isla y las cosas empezarían a cambiar a

un ritmo muy diferente (este detalle de la historia de Isabela fue ya mencionado por Grenier 1996: 564-79).

Tal vez la historia de M. F. es un buen ejemplo de este nuevo grupo de migrantes llegados a las islas en los turbulentos años setenta. Originario de Guayaquil, M. F. era un sastre con cierta vocación y experiencia en las tareas agrícolas. Había sido también jugador de fútbol y boxeador. Además, siempre gustó de la participación política desde su época de juventud en Guayaquil, donde se vinculó a Concentración de Fuerzas Populares (CFP)²⁷. Originalmente se instaló en Santo Tomás (la “parte alta”, agrícola, de la isla) contra la opinión de su familia y gracias al apoyo de un pariente, antiguo “penado” de la Colonia Penal. Al tercer intento decidió instalarse en Puerto Villamil (en lo que se llamaba “la playa”) y allí consiguió que su familia se adaptara mejor y sufriera menos del abandono y el aislamiento. Su pasión política le sirvió de mucho también en unas islas donde el nuevo municipio (1973) y luego el INGALA (1980) eran fuente de empleo y de apoyos clientelares. Su esposa llegó a ser concejala y varios de sus hijos son ahora empleados públicos, vivamente adaptados al contexto isleño, enamorados de la isla y con dificultades para “enseñarse”²⁸ en escenarios más ajenos, impersonales y distantes. M. F. es un buen ejemplo del tipo de migrante exitoso: sabía hacer de todo, cambiar de oficio y era capaz de adaptarse a rápidos cambios de contexto. Todo migrante exitoso debe ser también una persona testaruda. Maravillado por la “tranquilidad” de la isla, solo su tenaz obstinación pudo lograr el objetivo de instalarse en el archipiélago, a pesar de la viva oposición de su familia²⁹. M. F. fue también un líder social. Fanático del fútbol, fundó un equipo que hizo historia: “los continentales”. En él solo podían participar jugadores nacidos en el continente. En ese equipo, que dirigió hasta el final de su vida, oponía exitosamente su terco y paciente espíritu de organización, a la improvisación deportiva de los isabeños. En los años noventa, ya casi en retiro, M. F. sería uno de los puntales políticos de las campañas de Eduardo Véliz en la isla. Junto a otro importante grupo de “afuereños”, encontró en el diputado manabita su hora política y su mejor representante. Como veremos luego, el liderazgo de Véliz fue capaz de expresar la apertura de la isla y del archipiélago. Su mensaje era, en fin de cuentas, el presagio del fin anticipado de la sociedad de las familias originales³⁰.

Familias originales y modernización

Las oleadas colonizadoras de los años cuarenta y cincuenta pudieron ser absorbidas por la sociedad agraria y campesina que surgió de la disolución del patronazgo de Antonio Gil, porque eran pocos y porque la zona seguía estando mortalmente aislada. Sobre todo, porque esas migraciones estaban formadas por personas de origen similar al de sus predecesores. Podían adaptarse a la vida isleña, a su ambiente retirado y campesino, a su condición estructuralmente impermeable ante las débiles relaciones con el exterior.

La migración de los años setenta ya implicó el arribo de funcionarios y comerciantes de distinto cuño y las relaciones con el continente, otrora esporádicas, se volvieron más intensas. Para ese tiempo, el ritmo y el tono de los cambios atravesaba las islas pero también recorría el territorio entero del país. La sociedad nacional cambiaba bajo el influjo de la dinámica producción petrolera; y cambiaba también la sociedad local por el comienzo de las actividades turísticas galapagueñas basadas en Santa Cruz. La vieja Isabela no podía resistir: del asentamiento agrario de la antigua hacienda de Santo Tomás bajaron hasta la playa, de la zona rural a la “urbana”. Las actividades pesqueras empezaron a cobrar una importancia mayor y la administración y el empleo público fue copado por las “familias originales”. Los “afuereños”, mientras tanto disputaron el control del empleo público, pero ocuparon ante todo las actividades comerciales y turísticas y aseguraron así lo más cotidiano del vínculo con el exterior.

Los registros de matrimonio permiten intuir que los años ochenta fueron, en Isabela, un período de relativo retraimiento sobre sí mismos. En ese período, el turismo creció aceleradamente en Santa Cruz pero sus ecos no llegaron sino débilmente a Isabela. Una década después todo cambió radicalmente. La apertura de la isla pareció adquirir formas dramáticas y presurosas. Sobre todo, ya no dependió más de la iniciativa estatal. A inicios de los años noventa se instaló en Isabela una pesquería de exportación de grandes rendimientos: una verdadera “fiebre” de extracción de “pepinos de mar” se abate sobre la isla, atrae nuevos migrantes, crea nuevos negocios, genera ingresos nunca antes vistos y hunde a la isla en una marea de actividades ilegales y de conflictos violentos cuando la pesquería se cierra oficialmente entre 1992 y 1999³¹. Isabela se transformó entonces, por fuerzas distintas, en una isla abierta al exterior. Este proceso de apertura es ya un proceso que excluye a las redes familiares pre – existentes. Las familias originales no participan directamente, salvo en unos pocos casos, del “boom” pepinero.

Cristophe Grenier (1996: 568-9) creía en 1993 que la elección de José Coque como alcalde, nacido en Isabela pero ajeno al clan original de la sociedad isleña, era un síntoma de la “apertura” irremediable de la isla producida por la introducción de las pesquerías de exportación. Las elecciones de diputados de 1994 eran, para el geógrafo francés, un símbolo de la alternativa en que se debatía esa sociedad vieja de un siglo: por un lado, Eduardo Véliz, candidato de la apertura, apoyado por los pescadores de pepino de mar (los “pepineros”)

y por los afuereños coaligados. Véliz parecía el candidato de las nuevas condiciones de la isla. Por otro lado, Rodrigo Cisneros, hijo de uno de los primeros colonos de Isabela, comerciante y notable local; primer diputado nativo de la historia de Galápagos y fundador del Instituto Nacional Galápagos (INGALA)³². Las familias históricas contra la condensación de la apertura inmanejable de los últimos lustros. Véliz ganó esas elecciones con una votación todavía no superada. La capacidad de las redes familiares para “expresar” las nuevas condiciones isleñas, las nuevas necesidades de sus habitantes, las nuevas aspiraciones de la apertura, empezaba a verse seriamente comprometida.

Pero los verdaderos padecimientos de la apertura y la modernización están todavía por venir y todo anuncia que la exclusión de las “familias originales” será más radical. La nueva oleada de la apertura parece llegar, como en Santa Cruz, de la mano del turismo. No es casualidad que la más importante discusión política actual en la isla, junto a las regulaciones de las pesquerías, es la forma en que se introducirá el turismo, y con él, la ansiada y temida “modernización”. Isabela es considerada una de las islas de mayor potencial turístico. Tiene extensas playas al lado del pueblo; tiene manglares y pozas de flamencos al alcance de la vista y el recorrido a pie; tiene las ruinas de la colonia penal y, muy cerca, la caldera del segundo volcán con mayor diámetro en el mundo; tiene la cercanía de muchos sitios marinos de gran interés y por lo tanto una ventaja turística indiscutible. No en vano Isabela es la única isla que está al margen de la “moratoria turística” decretada por la Ley Especial de marzo de 1998 (Ministerio de Medio Ambiente 1998: Disposición Transitoria Cuarta). Según la Ley, esta actividad puede ser desarrollada solamente por residentes permanentes o por afuereños asociados con residentes permanentes. Adicionalmente, en las discusiones recientes sobre la sección dedicada a Galápagos en el Reglamento de Turismo en Areas Naturales Protegidas (RETANP) se está planteando que esta actividad quede restringida a los residentes isabeleños con más de 15 años de residencia en la isla. No sabemos si esta disposición será finalmente aprobada, pero es lo que piden los antiguos residentes de la isla.

Para el desarrollo de actividades turísticas se necesitan redes de relaciones con los centros de origen de los turistas. Es la base de funcionamiento de las “agencias de viaje”. Los habitantes locales, por término medio, carecen de estas relaciones. Adicionalmente, el turismo es un negocio de “servicio” a un “cliente”. Mediante la organización de su “servicio”, el empresario turístico define parcialmente su mercado (cuales son los estratos sociales a los que se dirige y que serán sus clientes) y participa en la “competencia”. Los habitantes locales tienen aquí una de sus más notables desventajas. La mayoría tiene orígenes campesinos y pesqueros y ello los aleja culturalmente de los deseos y necesidades de los “clientes” potenciales. No es casualidad que sean precisamente los “extranjeros” los que mejor ocupan el “nicho” hotelero en la isla. Para hacerlo no solamente se necesita manejar nociones tales como la arquitectura, la decoración y los servicios básicos que se pueden ofrecer a los turistas, sino también el carácter del “trato” entre el “propietario” y el “cliente”. No es difícil imaginar que tan solo una contada minoría podrá adaptarse a la convivencia propia de este tipo de relaciones, dada la historia de aislamiento y dureza en que esta población ha vivido en el último siglo.

D. G., propietaria extranjera de un hotel en la isla se quejaba de la dificultad de conseguir trabajadores locales: resaltaba el “desprestigio social” en que incurrieran quienes se convertían en empleados del sector privado. Ser asalariados era motivo de burla y menosprecio (Puerto Villamil, entrevista del 28/07/2001). Un principio de prestigio y de reconocimiento es la autonomía y la independencia: tener un negocio propio. Se trata de una aspiración muy común en las sociedades de origen campesino y que se expresa en el predominio isabeleño de la categoría ocupacional de “cuenta propia”³³.

No es raro, en esas condiciones, que los habitantes locales imaginen una organización del turismo sin competencia. Al hablar y pedir precisiones sobre la forma de organizar el reparto de las actividades y la asignación de responsabilidades, varios de los habitantes locales (no solamente “familias originales”, sino incluso migrantes de los años setenta) suelen pensar en una especie de “reparto corporativo” de los turistas. La idea es más o menos ésta: los precios estarán fijados de antemano en su nivel “justo” e igualitario. La asociación o el gremio definirá “turnos” para la asignación de los turistas que llegarán ordenadamente y se apuntarán en un registro riguroso e imparcial. De esta forma, los turistas serán repartidos de manera equitativa entre los posibles proveedores de servicios. Aunque admito que existen matices en esta forma de ver las cosas (no siempre aparece con tal meridiana claridad), parece claro que se trata de una concepción de la organización social emparentada con los ideales campesinos de sociedad igualitaria. Está modelada sobre un modelo idealizado de las relaciones familiares.

Las familias originales se han visto, esta vez, ampliamente rebasadas por las transformaciones de los años noventa. Estuvieron excluidas del pepino y lo están del desarrollo turístico. La sociedad que construyeron se les escapa de las manos. La intensidad de los flujos migratorios y de los conflictos asociados

a la pesca de exportación, junto al debilitamiento de la tendencia a la endogamia, terminaron por “abrir” no solo la isla al exterior sino a las propias familias que formaron históricamente el núcleo de la sociedad local. Hay señales, en Isabela, de un pequeño grupo de descendientes de las familias originales que podría vivir un proceso parecido al que se vivió con los pescadores de San Cristóbal o Santa Cruz. En efecto, existe un pequeño sector de origen local que desea embarcarse en las tareas turísticas. La mejor expresión de este sector es el alcalde actual, Pablo Gordillo Gil. Un joven y emprendedor político, educado en el continente, como casi todos sus hermanos, formado en la administración pública, e interesado en promover un turismo de “base local”, en el que él mismo y su familia próxima (buena expresión de esa mixtura de apertura de los años cincuenta y vínculo con las familias originales) podrían participar si las condiciones fueran propicias. Su gestión voluntarista expresa la esperanza de un “matrimonio” duradero entre un pequeño sector “modernizante” en el seno de las familias originales y una posible prosperidad turística que depende de la apertura al exterior.

Con ritmos distintos y con nombres propios, las sociedades de San Cristóbal y Santa Cruz han vivido procesos parecidos: oleadas sucesivas de familias de origen campesino y agrario que conviven con el aislamiento y deben adaptarse a un proceso de rápida apertura. Ante las amenazas y las promesas, ciertas o imaginadas, de la modernización y el turismo, la sociedad local se reacomoda. Para hacerles frente y recibir el saldo de sus promesas, la sociedad local refuerza en el discurso sus vínculos locales debilitados, inventa una estrategia de defensa de los isleños y de control de sus recursos. De una comunidad de facto, el contacto amenazante con “los otros” la transforma en una comunidad de acción, de intereses y de reivindicaciones. Al mismo tiempo, los actores locales buscan la relación con el exterior, la profundizan y la necesitan. La profunda ambigüedad de las fórmulas políticas y sociales sobre el exterior y sus riquezas es la genuina expresión de temores y deseos ambivalentes que se entrecruzan en el alma de quienes viven el cambio incontrolable, sufren sus miserias y prueban el sabor dulce de sus mejores frutos.

Las búsquedas de los migrantes

Si me preguntáis de dónde vengo, tengo que conversar con cosas rotas

Pablo Neruda (Residencia en la tierra)

Hemos visto que la reivindicación de la identidad isleña fue impulsada principalmente por migrantes antiguos y nativos. Hemos visto su origen social y económico. La historia de estos grupos está parcialmente marcada por redes familiares que se tejieron en los primeros tiempos de la colonización en condiciones de gran aislamiento. Cuando a partir de los años setenta y sobre todo en los noventa se produjo el fin de la autarquía y la progresiva apertura de las islas hacia el exterior, las reacciones fueron contradictorias. Por un lado, una fracción de estos primeros colonizadores logró movilizar en su provecho crecientes relaciones comerciales y políticas con el exterior impulsadas por motivos externos a las islas pero también por esfuerzos internos. Ellos mismos las buscaron y alentaron. Pero al mismo tiempo estos grupos podían percibir la amenaza mortal que significaba un mundo nuevo en medio del cual no tenían cabida. Como resultado de ambos movimientos, la reivindicación identitaria encarnó en un discurso de oposición a los “afuereños”, a sus intereses ajenos y al control que ganaban sobre las decisiones políticas y sobre los beneficios económicos de la apertura. En síntesis, la lucha social solo pudo hacerse mediante la invocación a algún tipo de “comunidad galapagueña” unida por un interés común y herida por las intereses “de afuera”.

Ese discurso logró movilizar a la población local. Señalo apenas dos síntomas de ese liderazgo ganado por los migrantes antiguos. El primero es la composición de la dirigencia estatal en las islas. Durante el viaje de campo de julio y agosto de 2001 construí un listado de todos los “altos funcionarios” de las instituciones públicas ubicadas en Galápagos. En ese listado se incluyeron los directores de hospitales, de colegios, directores de representaciones ministeriales y cargos electos. Incluí también a los directores de área de la Estación Darwin aunque no sea una institución pública. Contabilizamos en total 113 “altos funcionarios”. De ellos, casi el 41% eran nacidos en las islas, 28% eran nacidos en provincias de la sierra y 19,5% en provincias de la costa. El resto eran nacidos en el extranjero, en la amazonía o no conseguí una información fidedigna sobre su lugar de nacimiento. Recordemos que en 1998, según el Censo de Población de noviembre, casi el 36% de los residentes declararon haber nacido en Galápagos, el 32% en provincias de la costa y el 29% en la sierra ecuatoriana. Los costeños están sub - representados en los cargos públicos, los nativos ligeramente sobre - representados y los serranos aportaban el mismo contingente de altos funcionarios con el que aportan a la población total del archipiélago. Pero lo más llamativo es que de los 28 cargos electos (diputados, alcaldes, concejales y consejeros³⁴), solo 5 son nacidos fuera de las islas. En otras palabras, el 82%

de los principales cargos de elección popular estaban ocupados, en 2001, por personas nacidas en las islas. Recordemos que los nativos son apenas un tercio de la población isleña.

Un segundo síntoma es la actitud generalizada de apoyo al control migratorio. Tal vez la expresión más directa de la reivindicación local contra la presencia afuereña fue la creación, en la Ley de 1998, de un sistema de control migratorio que limitaba el ingreso de nuevos residentes y restringía una serie de beneficios a los residentes registrados (Ministerio de Medio Ambiente 1998: Título II, artículos 24 al 31; pp. 38-42). Ahora bien, se aceptó que podrían acceder a la condición de residentes permanentes todas las personas establecidas en Galápagos al momento de expedición de la Ley Especial. Fue un compromiso. Los controles migratorios se aplicarían a los que venían después. En realidad, el control migratorio tenía argumentos ecológicos, pero en la reivindicación social de los habitantes locales se relaciona más bien con la protección del empleo local, con la disponibilidad de servicios sociales y con la preservación de la “tranquilidad” ciudadana frente a un eventual aumento de la delincuencia, asociada a la migración³⁵. Eso se percibe en todos los estudios cuantitativos disponibles pero también en la opinión de F.F., que no apoya el control migratorio y que durante toda nuestra conversación, nunca se le ocurrió asociar dicha política con la protección de la naturaleza y el control de la principal amenaza a los ecosistemas isleños: la introducción accidental o voluntaria de especies exóticas. Esta ausencia de consideraciones ambientales en su lectura del problema migratorio era tanto más notable cuanto F.F. trabaja desde hace seis años como guardaparque en el Parque Nacional Galápagos (Puerto Villamil, 31/07/2000). Las cinco encuestas de opinión pública realizadas sistemáticamente entre 1997 y 2001 por Fundación Natura muestran que la principal preocupación “ambiental” de los residentes en Galápagos es el control de la migración (Ospina 1998: 39-40, Ospina 1999: 31-2, Barber 2000: 25, Borja y Pérez 2000: 69-73). Los encuestados asocian masivamente la migración a la delincuencia y a la competencia por el empleo. Aunque se percibe una cierta diferencia de opinión entre migrantes antiguos o nativos y migrantes recientes (en las preguntas con mayor diferencia, la distancia entre la aceptación del tema en ambos grupos puede ser de hasta un 10%, cfr Borja y Pérez 2000: 199-200 y Ospina 1998: 40); el apoyo mayoritario a los controles migratorios y la hostilidad a las nuevas migraciones es relativamente independiente del tiempo de residencia en las islas. Christophe Grenier (1996: 539), que también hizo la misma constatación en sus encuestas a inicios de la década de los noventa, asocia esta idea a un “fantasma insular” según el cual toda amenaza viene de afuera, del exterior de la comunidad.

Hay, pues, evidencias de una importante adhesión al discurso identitario del liderazgo nativo y de migrantes antiguos. ¿Cómo fue esto posible en una sociedad de tan activa migración reciente? ¿cómo pudieron estos migrantes antiguos liderar a unos migrantes nuevos contra los cuales estaba parcialmente dirigido ese discurso identitario que forjó la consigna “Galápagos para los galapagueños”? ¿cómo pudieron esos migrantes recientes reconocerse en ese proyecto que los excluía?

Avanzo cuatro explicaciones. Los nativos y migrantes antiguos son capaces de movilizar mayores redes familiares en las contiendas electorales y en las adhesiones políticas. Es ampliamente extendida la práctica política de reclutar como candidatos a representantes de familias numerosas. A veces, partidos rivales buscan representantes de la misma familia y el cálculo de votos falla porque se cuentan adhesiones cruzadas (como los hermanos F.U. y R.U., en las elecciones de 1994, Quito, entrevista del 06/09/2001; y E.R., nativo, Puerto Ayora, 01/08/2001). La práctica es ampliamente conocida en Isabela, donde las familias originales tejen redes que alcanzan a cubrir una parte importante de toda la población isleña. Pero es también frecuente en Santa Cruz, donde predominan los afuereños. Las familias de F.S. y F.J. fueron herramientas centrales de sus respectivas campañas (entrevistas en Puerto Baquerizo, 02/08/2001, y Puerto Ayora 08/02/2000)³⁶. Además, desde chicos fueron conocidos en las calles o la playa y se socializaron largamente en el ambiente isleño. Ser amigo de la gente, conversar con todos en la calle, saludar a todos los paseantes, crear una confianza horizontal en una sociedad de encuentros personales, es la fórmula del éxito electoral de G.G., viejo nativo de Isabela, dos veces alcalde.

Pero además, los nativos y migrantes antiguos son el testimonio de una aspiración. Ellos despiertan en los migrantes recientes un mayor respeto y consideración por la valentía y la tenacidad con la que realizaron su empresa colonizadora. C.E., es un viejo migrante de la serrana provincia de Chimborazo que llegó a Santa Cruz dirigiendo un grupo de veinticinco familias campesinas que se instalaron con apoyo gubernamental en los años cincuenta. Solo tres de ellas resistieron la vida dura y aislada y todavía residen en la isla. Durante la conversación, recordaba su trabajo obstinado y sacrificado para construir el primer colegio de Santa Cruz. Al hacerlo, no pudo retener el llanto al evocar a Fanny Uribe, diputada nativa de Galápagos, que había estudiado en esas aulas forjadas con su esfuerzo: ella sí, con pleno derecho de nativa, podía representar a las islas (Puerto Ayora, entrevista del 10/08/2001). Ese esfuerzo repetido y evocado en todas las conversaciones casuales, ese “derecho de piso” de quienes cumplieron el sueño de todo migrante, es recogido

como testimonio de legitimidad por muchos migrantes jóvenes y más recientes: “hicieron patria”, triunfaron ante las peores adversidades, representan la tenacidad, la resistencia, y una fortaleza de cuerpo y espíritu que todos aspiran a imitar (cfr. el testimonio de D.V., Puerto Ayora, 19/07/2001).

Quiero detenerme más extensamente en la tercera explicación, cargada de mayores implicaciones teóricas y políticas. En Galápagos, las búsquedas sociales de los migrantes recientes o antiguos influyen más en la adhesión al discurso identitario que el tiempo de estadía en las islas. ¿Cuándo un migrante se vuelve “galapagueño”? ¿cuándo se identifica con el discurso local de defensa ante los peligros de afuera?, ¿cuándo se vincula afectivamente con el territorio en el que vive y se vuelve susceptible de movilizarse por una reivindicación identitaria? Recordemos que estamos aquí en presencia de la “dimensión instrumental” de la construcción de las identidades sociales. Nos referimos al recurso a la identidad como un arma para obtener otros fines. Una herramienta para justificar y organizar la lucha social, y que al hacerlo, al poner en movimiento las luchas y los desafíos colectivos, aporta su cuota de sangre a la construcción personal y colectiva de los sujetos. El tiempo de residencia en las islas es importante para la aceptación que los “otros” tienen sobre el paso de ser un presunto “afuereño” a ser un presunto “galapagueño”³⁷. No olvidemos que la identidad es siempre una negociación contradictoria entre lo que cada cual piensa de sí mismo y lo que el resto opina de él. Sentirse excluido y distanciado entre personas hostiles, sin duda debe influir en cada adscripción individual. Pero mucho más importante en el paso íntimo que hace el propio migrante de una condición a otra parece el éxito personal, psicológico y económico de su adaptación a la vida isleña. Unos pocos ejemplos ilustrarán esta dialéctica.

En Isabela vivía, en 1993, un migrante nacido en Zamora de 29 años. Su mujer es de Vilcabamba y sus padres de Loja, provincia serrana del sur del Ecuador. Es un migrante de zonas mineras. Llegó en 1987 para trabajar en el Hotel Loja en Puerto Villamil (pasaje pagado por el empleador). Pasado un tiempo pone su propio negocio comercial y hace la intermediación en la pesca ilegal de pepino. Se considera “galapagueño” y no quiere volver al continente, donde le parece que hay mucho ruido y todo pasa muy rápido. Define al galapagueño como el que vive en el medio, con las mismas costumbres y teniendo presente que no saldrá de las islas. Sin embargo, se queja de los isabeños que no quieren trabajar (Grenier 1996: 494-5). Con muy poco tiempo en las islas ya se considera galapagueño.

Christophe Grenier (1996: 474-5) menciona un caso ilustrativo de la situación contraria. Un ambateño, jornalero agrícola que también tuvo una vida errante antes de instalarse en Galápagos. En 1993 tenía 39 años y era soltero. Vino traído por una propietaria de Santa Cruz en 1978. Para entonces tenía ya una casa propia. A diferencia de los “galapagueños”, no está opuesto a las migraciones. Según él, volvería al continente si encontrara un empleo estable: “hay más espacio, más facilidades”. El galapagueño es, para él, el nativo de las islas. Por su parte, se siente “serrano”. A pesar de vivir muchos años en las islas (llevaba 15 al momento de la entrevista), no se adapta, no se formó un “sentimiento” de pertenencia, no es hostil a las migraciones de “afuereños”, una categoría en la que él mismo se inscribe.

Un último caso ilustra la doble posibilidad: reciente y sin sentimiento de pertenencia a la “comunidad galapagueña”. Es un guayaquileño de 25 años que llegó a Puerto Villamil en 1992 por la pesca de pepinos. En 1993, cuando se hizo la entrevista, quería traer más gente (amigos suyos) para que aprovecharan la pesca de pepino de mar. Era favorable a las migaciones (“todos tenemos derechos a vivir en Galápagos”). Sin embargo, volvería al continente si encontrara un mejor empleo. Se siente “costeño” y piensa que los galapagueños “no quieren compartir” (Grenier 1996: 479-80). Su tiempo de estadía era muy pequeño para saber si podía adaptarse permanentemente a la vida isleña, pero, además, la pesca de pepinos es una actividad que permite ganancias rápidas sin tener calificación profesional. Esto pudo atraer, a inicios de los noventa, a un tipo de migrantes que solo busca dinero con la explotación especulativa de una economía “minera”. No es raro que estos recién llegados no tengan ninguna identificación con el medio insular (Grenier 1996: 480).

Los factores psicológicos de adaptación personal a la vida aislada de una comunidad pequeña, “tranquila” y “pacífica”, pero también “asfixiante” y “monótona”, son fundamentales. Lo será también, evidentemente, el saldo económico y social de la experiencia personal. Estos factores de los migrantes contribuirán a forjar el terreno adecuado para que muchos migrantes, más tarde o más temprano, puedan ser animados por un discurso identitario que los convoque. Ocurre que la historia de la mayoría de los migrantes que se quedan a vivir en forma permanente en Galápagos es la historia del ascenso social. No es raro en una sociedad que vive un crecimiento económico sostenido durante dos décadas dentro de un país que en el mismo período se sume en la más profunda e interminable de sus crisis económicas republicanas. Los estudios de Christophe Grenier (1996) a inicios de los noventa y de Borja y Pérez (2000) a fines de los noventa, muestran los innumerables casos de esta migración exitosa.

La profundización de la crisis económica de 1995 – 2000 en el Ecuador parece haber reforzado un

elemento adicional: el regreso de muchos hijos de las islas que habían salido años antes. En mi última visita los casos encontrados fueron numerosos. En Galápagos no solo es más sencillo encontrar trabajo por la prosperidad económica. La Ley Especial también crea una preferencia local en el empleo. Pero sobre todo, hay relaciones inmediatas, de amistad, vecindad y familia que hacen más corto el viaje al éxito en la profesión y reducen notablemente la competencia laboral. El joven C. y V.R. regresaron del continente luego de un tiempo de constatación de la dureza de ese mundo exterior y ajeno donde debían acomodarse al anonimato (Puerto Villamil, entrevistas del 27/07/2001). El caso de M. es aún más claro: vivió 20 años en el continente donde puso un negocio de transporte de mercaderías. Con la crisis de 1999, su negocio quebró. Vivió al filo del desastre por meses hasta que su familia, en especial su padre, de quien se había distanciado cinco años antes, vino a su rescate. Desde hace dos años vive en Galápagos y consiguió un trabajo de guardaparque, “porque aquí todos nos conocemos y somos amigos” (Puerto Ayora, entrevista del 12/08/2001). J. Ch. es otro caso interesante. Su padre había llegado como militar a Baltra hacía treinta años y decidió quedarse. Todavía vive en la base militar con su esposa, dedicado a actividades civiles, y adaptado a la vida solitaria y retirada. J., que siempre mantuvo derechos de residencia, en cambio, no se sentía cómodo en unas islas donde cortaban la luz a las diez de la noche y todo era encerrado y monótono. Estaba acostumbrado a la vida de ciudad, porque siendo todavía un niño había salido a Guayaquil, donde trabajó por años como chofer contratado. Cuatro años atrás decidió hacer el esfuerzo de volver a las islas, a instancias de sus padres y convencido de intentarlo porque la vida de empleado y las multas como chofer no le permitían una seguridad económica aceptable. Luego de varios meses de sufrimientos y soledad, hizo venir a su esposa e hijos y logró que regresara otro de sus hermanos. Ahora trabaja como chofer y dice ganar lo suficiente. J.Ch. está a favor del control migratorio.

Todos estos ejemplos no quieren decir, evidentemente, que toda experiencia migratoria a Galápagos se salde con el éxito profesional y el ascenso social. Como en todas partes del mundo la inmigración está acompañada de la emigración. Los datos disponibles muestran que existe un proceso emigratorio bastante dinámico y poco conocido en Galápagos (Borja y Pérez 2000: 61-7, ver también un corto resumen en Borja 2000: 36-7). Un número de personas equivalente al 15% de la población de Galápagos en 1990, vivía en otro lugar del Ecuador pero había residido en Galápagos 5 años antes. Un poco menos de la mitad de personas que habían migrado hacia Galápagos en el mismo lapso (Ibid: 61). Es decir, el equivalente a casi la mitad de los habitantes de Galápagos en 1990 se había movido hacia las islas o hacia el continente en un lapso de solo 5 años. Muchos salen temporalmente por estudios o trabajo, muchos terminaron su relación laboral con el archipiélago y regresan a sus hogares. Hay evidencias, incluso, de personas de alto nivel profesional y económico que abandonan las islas probablemente por la ausencia de oportunidades de diversificación laboral a que condena una sociedad remota y pequeña. Los censos no registran aquellas migraciones menos largas: uno, dos o tres años, que involucran a veces a mucha gente. La movilidad espacial es mucho mayor que la enorme movilidad que dejan entrever los censos disponibles. Pero es fácil imaginar que muchos no se adaptaron o fracasaron en sus aspiraciones. En Galápagos, quienes no logran sus objetivos suelen regresar al continente. La gran mayoría de los que se quedan en las islas de forma definitiva son aquellos migrantes satisfechos de las islas, preocupados de su deterioro, asustados de una migración continua que aporta problemas sociales y competencia laboral. En resumen, aquellos migrantes que se quedan, que se adaptan, que logran el éxito anhelado a menudo luego de varios intentos migratorios anteriores, son, a pesar de su origen a veces reciente, un grupo social predispuesto a aceptar el discurso identitario que contrapone los galapagueños y sus derechos a los afuereños y sus invasiones.

Pero aun tomando en cuenta estos factores sociales y psicológicos de adaptación, queda en pie un residuo inexplicable. El cuarto factor explicativo quiere aproximarse al hecho que a pesar de sus acercamientos, muchos migrantes son demasiado recientes y no logran entender la justificación de una política que impide a sus parientes venir a las islas y compartir su bonanza. Se necesita más que el encuentro casual de intereses de una elite surgida de la matriz de relaciones familiares y redes migratorias comunitarias; con las búsquedas individuales de migrantes recientes para formar una comunidad. Era necesario hacer un compromiso entre intereses objetivos e historias subjetivas distintas. Se necesitaba un esfuerzo político consciente por integrar las reivindicaciones de los migrantes recientes a la lucha identitaria. Eduardo Véliz fue el artífice de esa curiosa amalgama. El dirigente político que ocuparía la diputación de Galápagos entre 1994 y 1997 fue la figura decisiva de los años noventa. Su liderazgo personalista de caudillo indiscutido abrió el camino para la expresión de los intereses y búsquedas de los recién llegados. Pero Véliz también ayudó a crear formas de expresión más estables e independientes.

Las organizaciones gremiales

En Isabela todos los gremios que tienen algún tipo de funcionamiento regular están dirigidas por personas que no pertenecen a las “familias originales”, con la sola excepción del Centro Agrícola, donde A.L. nativo, hijo de un antiguo peón de Antonio Gil, acaba de sustituir a L.A. nativo del Carchi, profesor de la “parte alta” y eterno dirigente del viejo gremio agropecuario. En *todos* los otros casos, los dirigentes de las organizaciones gremiales llegaron a Isabela con posterioridad a la declaratoria de la provincia en 1973. Las viejas familias isleñas controlan, no obstante, las instituciones públicas y, con amplio margen, los puestos de elección popular en el municipio desde hace muchos años. Solo el breve interludio de José Coque (también nativo), en 1992 – 1996, rasgó temporalmente un monopolio incontestado. La distancia entre los gremios y las redes familiares se presenta con claridad meridiana en aquella isla que más nítidamente conserva los rasgos todavía activos de la sociedad de las familias originales.

Igual que en Isabela, en el resto de las islas proliferaron las organizaciones gremiales, las fundaciones ecológicas y las asociaciones de propietarios durante los años noventa. Estas organizaciones surgieron en el momento mismo en que las redes familiares sobre las que se habían organizado los intercambios sociales isleños, dejaban de ser adecuadas al mundo en el que vivían. Expresan el cambio y tratan de responder a él. Pero al hacerlo se enfrentan a limitaciones estructurales de sociedades que dejaron de ser lo que eran pero que todavía no son lo que serán.

Con la apertura isleña y el crecimiento de la población, la sociedad galapagueña dejó de ser agraria. En la actualidad, el turismo es la primera actividad en importancia económica y demográfica. Llegan a las islas un poco más de 75.000 turistas al año. Cerca de 60.000 son extranjeros. Una estimación moderada de sus gastos en los cruceros, pasajes y servicios varios, es que desembolsan casi 80 millones de dólares anuales. A inicios de los años noventa se estimó que solo un 7% de esos gastos quedaban en las islas. Pero esa estimación refería solamente a los gastos directos de los turistas y no al reciclaje local de gastos indirectos. En la actualidad las estimaciones más conservadoras piensan que en las islas no puede quedar menos de entre el 10 y el 20% de los gastos totales de los turistas³⁸. En las actividades de transporte, hoteles y comercio (las más directamente ligadas al turismo), trabaja el 38% de la Población Económicamente Activa registrada en el Censo de noviembre de 1998 (INEC 1998: Tabla 15a). Si incluimos las actividades indirectamente vinculadas al turismo, es probable que la cifra llegue a 58%.

La actividad pesquera es una segunda actividad importante. Se trata de una pesca artesanal que cuenta con 341 embarcaciones registradas en el año 2000 (Toral et. al. 2000: 54). A partir de la Ley Especial de 1998, la actividad pesquera industrial basada en el continente pasó a ser una actividad ilegal dentro de las 40 millas de la Reserva Marina (Ministerio de Medio Ambiente 1998: art. 42, p. 48). En noviembre de 1998 solo el 5% de la PEA declaró que la pesca era su actividad principal (INEC 1998: Tabla 15a). Sin embargo, los registros pesqueros disponibles en el Parque Nacional Galápagos muestran una población de pescadores ocasionales que duplica el número de personas dedicadas permanentemente a la actividad³⁹. Con todo, en Isabela los pescadores representan el 19,8% de la PEA mientras en Santa Cruz son solo el 2,9%. Las estimaciones disponibles sobre el dinero que esta actividad reporta anualmente varían mucho de año en año por la disponibilidad de recursos y las condiciones del mar. Una estimación conservadora es que el sector pesquero (sin tomar en cuenta el beneficio de los comerciantes y la pesca ilegal) vende un total de entre 3 y 4 millones dólares anuales, la mayor parte por la extracción de pepino de mar (unos dos y medio a tres millones de dólares según la temporada) y luego por la langosta (entre 300 mil y medio millón de dólares por temporada).

Las actividades de conservación de la naturaleza dependen fundamentalmente de dos instituciones: la Fundación Darwin y el Parque Nacional Galápagos. El presupuesto anual de la Fundación Charles Darwin es de aproximadamente un millón y medio de dólares. Es probable que tomando en cuenta los gastos adicionales de pequeños proyectos independientes, se llegue a los dos millones de dólares por año provistos por la cooperación internacional. Adicionalmente, el Parque Nacional Galápagos maneja alrededor de dos millones y medio de dólares anuales. Gracias a los fondos previstos por la Ley Especial, el Parque Nacional Galápagos creció notablemente en cantidad de personal ocupado. En 1996 tenía 84 empleados. En 2001 tiene tal vez más de 250. Hoy en día en las dos instituciones decanas de la conservación de Galápagos trabajan de forma permanente alrededor de 500 personas (Puerto Ayora, entrevistas a J.H y H. S. 01/08/2001).

Esta nueva sociedad necesita nuevas formas de expresión. Entenderemos la organización gremial como una forma nueva de *representación* social y política. Como una de las formas por las que ciertos grupos

humanos se expresan, luchan por defender o construir sus intereses, se oponen a otros y organizan una visión del entorno y de sí mismos. Para comprender cómo los gremios aparecen y se desarrollan y por qué aparecen precisamente en los años noventa, hay que situarlos en las coordenadas de la constelación de formas de representación que existen en las islas. Concretamente hay que relacionarlos con las redes familiares y con la organización del Estado. La organización gremial no es, por supuesto, la única herramienta que los actores usan para actuar y, al hacerlo, crearse a sí mismos como tales.

La motivación

En los archivos de los ministerios en Quito consta que sesenta y ocho organizaciones se registraron legalmente entre julio de 1975 y agosto de 2001. La mayoría de ellas lo hicieron en el Ministerio de Bienestar Social. La constitución legal de una organización es, sobre todo, la expresión de la *intención* que un grupo humano tiene de organizarse en un momento determinado. Expresa muy débilmente el grado de organización efectivo de una colectividad. Muchas organizaciones pueden ser “jurídicas” y funcionar poco o no funcionar en absoluto, mientras algunas organizaciones, incluso altamente estructuradas, pueden funcionar mucho tiempo sin legalizarse. Sin embargo, en general es raro encontrar organizaciones fuertes y consolidadas que no tengan personería jurídica. Interpretaré, entonces, las fechas de la constitución legal de las organizaciones como un acercamiento a los períodos de mayor *motivación* social para alentar el proceso organizativo.

Cuadro 3
Legalización de organizaciones por quinquenio en Galápagos

	Número	Promedio por año	% de organizaciones
1975 - 1979	2	0,4	2,9
1980 - 1984	8	1,6	1,8
1985 - 1989	9	1,8	13,2
1990 - 1994	17	3,4	25,0
1995 - 1999	24	4,8	35,3
2000 - 2001	5	2,5	7,4
Sin fecha	3		4,4
TOTAL	68	2,5	100,0

Fuente: Archivos del Ministerio de Agricultura y Ganadería (MAG), del Ministerio de Educación y Cultura (MEC), del Ministerio del Ambiente y del Ministerio de Bienestar Social (MBS), Quito. No se encontraron organizaciones legalizadas en el Ministerio de Trabajo. Datos hasta agosto de 2001.

Casi dos tercios de todas las organizaciones jurídicas registradas obtuvieron su personería jurídica durante la década de 1990, en especial, en su segunda mitad. En ese último quinquenio, 24 organizaciones alcanzaron su personería jurídica, el más alto promedio anual de legalizaciones desde que tenemos constancia. El período posterior a la aprobación de la Ley Especial (marzo de 1998) es el más activo: 14 de las 24 organizaciones del quinquenio se crearon entre abril de 1998 y diciembre de 1999. Esos dos son los años individuales con mayor cantidad de organizaciones legalizadas desde 1975 (8 y 6 organizaciones respectivamente). En el período inmediatamente anterior (la primera parte de la década de 1990) también existe un gran número de organizaciones legalizadas, con sus mayores picos en 1993 (6 organizaciones) y 1994 (5 organizaciones).

Los primeros dos años del nuevo siglo muestran una nueva caída: 4 organizaciones en 2000 y solo una hasta agosto de 2001. No se trata, entonces, de una simple correlación entre el aumento del número de habitantes en la provincia y el aumento del número de organizaciones legalizadas. La legalización de organizaciones coincide, más bien, con los períodos de mayor agitación social en la historia reciente de Galápagos. El conflicto y la movilización social funcionan como motivación organizativa y como catalizador de expectativas en la gestión asociativa. Las entrevistas realizadas a los dirigentes gremiales confirman que muchas organizaciones se crearon al amparo de la agitación social de la primera parte de los años noventa. También confirman que la Ley Especial, sus oportunidades y expectativas, dieron un nuevo impulso a los procesos organizativos en la provincia a finales de los noventa.

La enorme mayoría de organizaciones legalizadas son de tipo “gremial” o “comercial”, es decir, de trabajadores dependientes, trabajadores autónomos y de propietarios (armadores turísticos, pesqueros o propietarios de comercios y transporte). Es decir, parecería que las dos principales motivaciones para organizarse en Galápagos son el interés “sindical – reivindicativo” y la “asociación corporativa” para defender o sostener los intereses de una rama de actividad económica. Llama la atención que existen nueve

organizaciones “ecológicas”, de las cuales ocho son “fundaciones”. Tres de ellas se legalizaron en los últimos dos años. El tema es reciente y la figura organizativa de las “fundaciones” también es nuevo: ambos están vinculados.

La fuente que hemos usado hasta ahora, la regularización jurídica de organizaciones, tiene numerosos defectos. En primer lugar, peca por exceso: no son todas las que están. No existe ninguna garantía de que las organizaciones legalizadas efectivamente funcionen. Personalmente, durante el viaje que realicé a Galápagos entre julio y agosto de 2001 solo encontré evidencias de funcionamiento de 32 de ellas (existencia de local o de una directiva nombrada). Es posible que existan otras más que no pude identificar durante el viaje de campo, pero dudo que sean más de 10 ó 12 adicionales. En segundo lugar, peca por defecto: no están todas las que son. La fuente está incompleta. Pudimos identificar algunas organizaciones, conversamos con sus dirigentes y nos dijeron que tienen personería jurídica, pero no aparecen en los listados proporcionados por los ministerios en Quito. Entre ellas consignamos por ejemplo a los Centros Agrícolas de los tres cantones, a la Fundación “Albatros” de San Cristóbal, a la Fundación PROMETHEUS de Santa Cruz, a la Unión Nacional de Educadores provincial, al Gremio de Maestros Artesanos y Conexos de Santa Cruz, a la Asociación de Artesanos de Isabela, entre otros.

Para hacer un análisis más detallado, he confeccionado listas propias, basadas en la combinación de ambas fuentes: las entrevistas realizadas durante el trabajo de campo y los listados de organizaciones legalizadas en los ministerios en Quito. Añadí dos documentos más: el “Registro de Organizaciones Sociales” de Santa Cruz, confeccionado en 1998 por el INGALA (INGALA Santa Cruz 1998) y el registro de instituciones públicas, sociales, barriales y deportivas de San Cristóbal, confeccionada también por el INGALA este año (INGALA San Cristóbal [2001]). Combinando datos de estas distintas fuentes encontré alrededor de 30 organizaciones con funcionamiento regular y 34 “grupos” de interés que estaban activos en julio y agosto de 2001. Estas listas no incluyeron las organizaciones de empleados y trabajadores del sector público (conocemos la existencia de, al menos, 6 organizaciones activas⁴⁰) ni las cooperativas de transporte que pueden funcionar en muchos casos como organizaciones gremiales (al menos otras 4). A partir de estas listas amplias confeccioné una lista restringida de organizaciones fuertes y activas. Sobre ellas concentraré un análisis más sustantivo para completar la primera aproximación cuantitativa realizada.

Diecinueve organizaciones relativamente consolidadas existen en la provincia. Siete tienen su base en Santa Cruz y el número sube a once si incluimos aquellas organizaciones provinciales con mayoritaria presencia “cruceña”. Tres son de Isabela y solamente cinco de San Cristóbal. Esto se debe a que hemos omitido, como dijimos antes, los sindicatos y asociaciones de empleados del sector público, mayoritariamente asentados en San Cristóbal. El análisis de la distribución regional de las organizaciones “fuertes” confirma que no hay un patrón espacial definido en la organización gremial, es decir, la distribución de las organizaciones corre pareja del tamaño de la población isleña. En otras palabras, no se percibe, al menos no cuantitativamente, una diferencia en el “grado” de organización formal entre Santa Cruz y San Cristóbal.

Si pudiéramos sumar los miembros aproximados de las 19 organizaciones, llegaríamos a 2.337 “personas”⁴¹, el 16% de los residentes que declararon que Galápagos era su lugar de residencia habitual a fines de 1998. Sabemos, sin embargo, aunque no podemos cuantificarla exactamente, que existe una importante “doble” filiación: varias personas pertenecen simultáneamente a dos o más de las organizaciones analizadas. Pero, además, el número formal de afiliados no coincide con el número de afiliados activos. De todas formas, tomando en cuenta que se trata solamente de las organizaciones “fuertes” y no de todo el espectro de gremios, sindicatos, fundaciones y “grupos” más o menos activos, parece una cifra alta para los estándares ecuatorianos. Hay mucha gente formalmente afiliada en Galápagos.

Diez de estas organizaciones se crearon en el “período conflictivo”, el de mayor agitación social y política en las islas: de 1991 a 1996. Cinco son de la época posterior a la Ley Especial (1998 – 2001) y están marcadas tanto por la preocupación migratoria (a favor de los controles o en contra) como por la expectativa generada por la Disposición General Segunda de la Ley que establece la obligación de afiliarse para el ejercicio de cualquier actividad lucrativa en la provincia (Puerto Villamil, entrevista a E.P., 26/07/2001; Ministerio de Medio Ambiente 1998: 72). La Ley Especial también permitió que los gobiernos locales dispusieran de una gran cantidad de fondos adicionales y eso activó el interés organizativo para acceder a apoyos y proyectos adicionales (Puerto Villamil, entrevista a D.C., 30/07/2001)⁴². Solo tres de las organizaciones que actualmente pueden considerarse “fuertes” se crearon en la década de los ochenta. Pero incluso ellas sufrieron períodos de “baja” y se reagruparon precisamente en el período agitado de mediados de los años noventa, como la Asociación de Marineros Mercantes y la Asociación de Guías (creada, por lo demás, a fines de los ochenta por el propio Eduardo Véliz, que sería su primer presidente).

Organizaciones gremiales, migración reciente y actores sociales

Podemos hacer una primera conclusión: la eclosión de organizaciones gremiales en Galápagos desde fines de los ochenta e inicios de los años noventa coincide con la máxima apertura de las islas al exterior y también con la emergencia de un proyecto político de autonomía para el manejo de las islas y sus recursos naturales. ¿Cómo entender esta coincidencia temporal? Nuevamente, una primera explicación tiene que ver con la historia migratoria. Christophe Grenier (1996: 481-98) analizó mediante encuestas las distintas “redes” de organización de la migración en Galápagos. En su análisis las dividió en cuatro categorías: la red del empleo privado (mediante sistemas de “enganche” de trabajadores del continente, muy ampliamente difundido en los sectores agropecuario y turístico), la red del empleo público (primero profesores y militares, luego los más variados funcionarios que fueron llegando conforme las representaciones del Estado crecían en las islas), la red de migrantes individuales (quienes llegaron “a la aventura”, a veces huyendo de un pasado doloroso o en busca de una nueva vida) y las redes familiares y comunitarias.

Para distinguir entre ellas, Grenier (1996: 486) usa un indicador interesante: quién pagó el pasaje para llegar a las islas. El 22% de los encuestados vino ayudado por parientes del continente o de las islas. Luego analiza el número de personas que fueron “traídas”, es decir, no necesariamente que se les haya pagado el pasaje, sino que un pariente (en este caso el encuestado por Grenier) los “convenció” de venir a las islas y los ayudó a encontrar empleo o vincularse al mundo isleño: 45% de los encuestados en Santa Cruz e Isabela hizo venir a algún familiar o conocido. La cifra descende significativamente en San Cristóbal. Grenier (1996: 459) asocia las migraciones rurales de las provincias de Manabí, Loja y Tungurahua a estas “redes” migratorias de origen comunitario y familiar. Por el contrario, las migraciones urbanas provenientes fundamentalmente de Quito y Guayaquil, formarían parte de las migraciones modernas de “enganche” de mano de obra. Lo interesante es que estas migraciones urbanas han ido paulatinamente adquiriendo mayor peso en las migraciones totales al archipiélago. La tendencia reciente es a que predominen cada vez más los migrantes de origen urbano y en especial un aumento de las migraciones de Guayaquil y Quito con una disminución de las migraciones rurales de Loja, Manabí y Tungurahua⁴³. Recientemente se nota una fuerte tendencia a la migración de mujeres o de familias cuando hasta los años setenta las migraciones estaban formadas sobre todo de varones jóvenes. De todas formas, la presencia de varones sigue siendo importante aunque disminuye poco a poco (Gavilán y Ospina 2000; Gavilán y Ospina 2000a; Arboleda 2001). En general las migraciones individuales y aquellas promovidas por el Estado tienen tendencia a disminuir. Predominan las migraciones organizadas por las redes de empresas que buscan trabajadores y todavía son importantes las redes familiares. Lo más común es una combinación de las dos.

¿Qué implicaciones tienen estos detalles migratorios para el tema que nos ocupa? Que se ha creado una serie de “lealtades” sociales de origen familiar y comunitario muy fuerte en las islas. Grenier (1996: 493) asocia el mecanismo de migración a una forma transformada de “reciprocidad” entre parientes y vecinos. ¿Cómo funciona el sistema? Un migrante ya instalado (el “*tête de pont*”) ayuda a un pariente a venir, lo ayuda a instalarse y a adaptarse. Su pariente le “paga” o le retribuye en trabajo [y lealtades]. El nuevo migrante, una vez adaptado e instalado, reinicia el ciclo (Grenier 1996: 493).

Esta tupida red de conocidos crea un espacio de solidaridades informales y motivos de encuentro familiar muy extendido, que fragmenta a la sociedad galapagueña en múltiples “núcleos de relación”⁴⁴. Los migrantes recientes son muchos pero están más alejados unos de otros de lo que la pequeña sociedad isleña podría hacer suponer. Por un lado, el origen familiar o vecinal en el continente, que extiende sus lazos a las islas por intermedio de lealtades creadas por el viaje y los apoyos para instalarse en la provincia y obtener empleo. Por otro, los lazos matrimoniales que vinculan a “familias originales” (a veces muy numerosas) entre sí. Finalmente, un conjunto de lazos matrimoniales que vincula ciertas redes familiares de migrantes más recientes con redes familiares de “familias originales” convertidas en “familias nativas”. Mientras más antigua es la historia migratoria, mientras más aislada haya vivido la isla (y por lo tanto la endogamia haya sido mayor), mientras más numerosa haya sido la descendencia de las “familias originales”, mayor será la extensión de las redes de familias nativas por contraposición a las redes migratorias recientes. Se puede decir que en Isabela existe un extremo de las posibilidades mientras en Santa Cruz está el otro. San Cristóbal parecería encontrarse (aunque no he tenido oportunidad en profundizar en el análisis de esa isla todavía) en una situación intermedia.

Los gremios crecen precisamente cuando crecen las migraciones que escapan a esta lógica de las redes familiares y a la convivialidad que suponen. Pero también cuando se oponen las amplias redes de las familias originales a las pequeñas y fragmentadas redes familiares de los migrantes recientes. Aislados y sin comunicación eficiente entre ellos, los migrantes recientes encontraron en el “gremialismo” una forma de vincularse alrededor de la agitación social y la reivindicación económica que marcó el período. Estos migrantes estaban amenazados a su modo por las restricciones ambientales y sociales que parecían imponerse

en los noventa. Los gremios tomaron la iniciativa y buscaron conducir el conflicto político en el contexto de una sociedad que dejaba de ser lo que había sido por cuarenta años. No es raro que Eduardo Véliz, principal animador de la organización gremial en esta época, fuera ajeno a las redes familiares antiguas y que su discurso y su liderazgo los haya convocado muy poco. El “gremialismo” fue una ruptura con el pasado, análoga a la ruptura que la sociedad galapagueña estaba viviendo con sus orígenes. Su éxito fue reconocer el cambio y adaptarse a las nuevas exigencias de la acción, pero allí reside también una de sus debilidades estructurales. Las redes familiares eran todavía fuertes y todavía funcionan como un poderoso modelo para la acción y la convivencia social. Al darles la espalda, los gremios daban la espalda a una fuerza social que por ese entonces eran incapaces de controlar y de superar.

Los gremios resultaron, sin embargo, mejor adaptados para relacionarse con el segundo factor de la organización insular: las instituciones del Estado. Los gremios fueron, para quienes no formaban parte de ese tejido original, es decir, migrantes recientes o migrantes individuales, una forma de entrar a disputar el control de las instituciones mediante la creación y promoción de nuevos liderazgos. La participación gremial se convirtió en un “trampolín” político, en una herramienta de construcción de una imagen pública, en un refugio para llevar adelante la “oposición” cuando el grupo rival ejercía el control institucional o para actuar desde allí una vez que se abandonaba la dirección de las instituciones públicas. Muchos dirigentes locales deseosos de participar en la política electoral, en especial los migrantes y los nativos que vivieron por muchos años fuera de las islas, recurren a la organización gremial como parte de su estrategia de campaña. Es una forma de darse a conocer y mostrar un interés público (por ejemplo, P.T, Puerto Ayora, 23/07/2001, R.L., Santa Rosa, 20/07/2001, F.S., Quito, 28/02/2000; entre otros). La queja frecuente de “politización” de la actividad gremial galapagueña refiere precisamente a este tema. La vida gremial está indisolublemente ligada con la vida política e institucional porque los liderazgos isleños no se dan abasto para dirigir ambos tipos de organización de manera autónoma y diferenciada. Los dirigentes locales circulan más o menos libremente entre uno y otro, intercambiando roles, prácticas, proyectos. En esa vida móvil, ambos salen debilitados, los gremios y las instituciones. Pero los gremios se debilitan más porque mientras las instituciones cuentan con personal permanente y estabilidad financiera, los gremios dependen mucho más de voluntades personales insustituibles, de compromisos afectivos ligados al dirigente, de lealtades recíprocas.

Situados en un espacio incierto entre las redes familiares y las instituciones públicas; los gremios comparten la vida social con ambos y se perfila en los intersticios que aquellas no son capaces de ocupar. Los gremios son dependientes de estos factores centrales de representación en la vida social isleña, pero también buscan obstinadamente afirmar su autonomía. Los gremios se organizaron mayoritariamente alrededor de la organización productiva de la sociedad galapagueña y por lo tanto se prestaban mejor a la formulación de propuestas sectoriales y a la gesta reivindicativa en un contexto de lucha por el control de recursos económicos y naturales. Con esas características, parecía natural que la Ley Especial sancionara legalmente una situación de hecho. En las instituciones creadas por la Ley, los gremios representan a los sectores productivos de las islas. Pero esa representación, extremadamente reciente, todavía está en construcción. La Ley Especial (1998) crea, en efecto, un nuevo contexto para el “gremialismo”. De las 19 organizaciones consideradas “fuertes”, diez tienen representación en instancias creadas por la Ley Especial para la formulación de políticas de manejo del archipiélago: la Autoridad Interinstitucional de Manejo de la Reserva Marina de Galápagos, la Junta de Manejo Participativa de la Reserva Marina y el Consejo del INGALA. Este “reconocimiento estatal” es una motivación muy importante para promover el funcionamiento regular de las organizaciones y el desarrollo de sus sistemas de consulta y debate interno. Funcionamiento interno y propuestas de políticas públicas van de la mano.

A manera de conclusión: actores sociales y proyecto de comunidad

venid a mí, a mi sueño sin medida

Pablo Neruda (Residencia en la tierra)

Los habitantes de Galápagos construyeron y afirmaron, a lo largo de tres lustros de cambio social acelerado, una propuesta de comunidad. Esa propuesta asumía la defensa de las islas y sus habitantes frente a la presencia amenazante y creciente de los intereses “de afuera”. En los noventa, los actores locales pudieron unirse cuando identificaron un “otro” del que se distinguían y al que se oponían: los temidos “afuereños” encarnaban en las organizaciones ambientalistas, las empresas turísticas continentales y los pescadores industriales. La base social de esa propuesta de comunidad fue un conjunto heterogéneo de migrantes de orígenes geográficos y sociales diversos conducidos por un discurso identitario sostenido por un puñado de

familias asentadas en las islas desde la primera mitad del siglo XX. Esas familias tenían por lo general un origen campesino, aunque hubo algunas de origen europeo en Santa Cruz y Floreana. Durante décadas forjaron sociedades aisladas unidas por estrechas relaciones de parentesco y se reconocieron mutuamente en la proeza de haber vencido la adversidad para construir la prosperidad de las islas a partir de su sacrificio y su tenacidad. Con el desarrollo del turismo y la instalación de las instituciones del Estado desde mediados de los años setenta, algunos de los descendientes de esas familias y algunos nuevos migrantes fueron capaces de aprovechar los crecientes vínculos con el exterior e insertarse en la nueva sociedad que se formaba ante sus ojos.

Ese discurso identitario estaba afincado, pues, en una experiencia histórica de aislamiento y en el interés de mantener cierto control sobre los mecanismos y los ritmos de la apertura al exterior. Pero la historia se aceleró: junto al cambio de estructura social aparecieron nuevas oleadas de migrantes que no se adaptaban ya a los patrones de la migración antigua. En ese proceso de cambios sociales y cambio de actores, nada parecía presagiar que semejante discurso identitario pudiera tener éxito. Mientras las familias más antiguas tenían apenas un siglo de instaladas, los nuevos habitantes de las islas iban y venían en una movilidad espacial sin precedentes. Los migrantes eran demasiado heterogéneos. Y, sin embargo, la propuesta ganó adhesiones y unificó a sectores sociales dispares en una dura lucha social. El discurso identitario sirvió para justificar una reivindicación social y para unir a quienes la sostenían.

En el éxito de esta propuesta de comunidad influyeron algunas estrategias conscientes de los dirigentes locales, como la movilización de las redes familiares de vieja data o el manejo de las instituciones locales del Estado que ellos mismos habían copado desde que les fue posible. Fue también el resultado de la vinculación del prestigio social de los migrantes antiguos con las aspiraciones sociales de los migrantes nuevos. El éxito económico de estos migrantes recientes en una economía en expansión, fue un factor decisivo en la disposición a aceptar un discurso que rechazaba las invasiones atemorizantes y descontroladas del exterior. Pero también fue el resultado de un compromiso explícito que encarnó en el liderazgo disruptivo de Eduardo Véliz y en una serie de organizaciones gremiales de base sectorial y profesional que convocaron y asumieron la representación de los migrantes recientes.

Estas organizaciones gremiales surgen en una época de conflicto y de modernización de la sociedad isleña. Cuando las redes familiares se debilitan y cuando se han expandido las instituciones estatales provinciales. Ocupan pues, un espacio formalmente distinto e independiente de ambas. Representan una forma de organización basada en la pertenencia profesional y en la reivindicación económica. Fueron impulsadas en momentos en que la lucha social exigía contar con representaciones adaptadas a la tarea de ofrecer liderazgos en medio de conflictos agudos. Fueron creadas cuando los migrantes recientes, alejados de las redes familiares y parcialmente excluidos de la dirección de los empleos públicos, no calzaban en las formas de organización preexistentes.

Gracias a estos mecanismos y confluencias, el discurso identitario fue capaz de convocar a círculos locales mucho más amplios que aquellos sectores dirigentes de migrantes antiguos en donde nació y cuyas aspiraciones y experiencias históricas expresaba. El resultado fue una Ley Especial que organizaba y financiaba la autonomía provincial, que restringía las migraciones, que establecía la preferencia local en el empleo y las inversiones y que creaba un marco institucional para canalizar la participación local en la definición de políticas públicas en la provincia. La Ley fue un compromiso. Tanto la autonomía como la participación local no son completas. No son todo lo que los galapagueños reclamaron en su momento. Pero dejó satisfechas grandes aspiraciones y levantadas muchas expectativas. Desde entonces, nuevos procesos políticos e identitarios se están perfilando en Galápagos. Estos procesos tienen la marca de su herencia de nacimiento, pero también anuncian el advenimiento de nuevos actores.

En los años noventa, la convocatoria más dinámica de la lucha social fue la defensa de Galápagos contra los intereses afuereños. Esos intereses se expresaban en políticas públicas que trataban de organizar y manejar los principales sectores económicos que permiten la reproducción de la sociedad isleña. Las más importantes entre ellas fueron las políticas del manejo del turismo y las de manejo de las pesquerías. En ambas, dos preocupaciones ordenaron la lucha social: la repartición de los ingresos generados por cada actividad y las características de las restricciones ambientales que podían aceptar.

Los grandes “temas” de las políticas públicas en Galápagos eran, pues, “sectoriales”. Los gremios, organizados por sectores económicos, se presentaron, entonces, como herramientas eficaces para enfrentar esas políticas sectoriales del Estado y para construir propuestas alternativas. Los espacios institucionales de definición de políticas públicas creados por la Ley Especial, en particular la Autoridad de Manejo de la Reserva Marina y el Consejo del INGALA, prevén que la representación local estará asegurada por los gremios respectivos: de turismo, de pesca, de actividades agropecuarias y de conservación. La consolidación

económica de estos “sectores” en Galápagos y el énfasis de las políticas estatales para manejarlos terminaron por acelerar la formación de “actores sociales” que nacen de estas actividades económicas pero que existen por la reivindicación sectorial y por la elaboración de propuestas de manejo de la Provincia.

Estos “nuevos actores” (agazapados bajo el nombre de “sectores” de turismo, pesca, y conservación) están formalmente organizados en los gremios. Pero para expresar sus intereses, como en el pasado, se entremezclan las redes familiares y el uso de las instituciones públicas locales. No son actores definidos exclusivamente por su pertenencia profesional o su rama de actividad económica sino por su historia migratoria y familiar y por el proceso isleño de instalación de las instituciones del Estado.

En esas condiciones, el discurso identitario forjado en los noventa ya no alcanza para especificar un programa de manejo de la provincia. Una vez confrontados a decidir sobre la organización del turismo y la pesca, sobre la distribución interna de los beneficios obtenidos en la economía, sobre las salvaguardas ambientales que garanticen la permanencia de la base de recursos de sus actividades económicas y de la vitalidad de los ecosistemas que las sustentan; los actores locales pueden todavía repetir con razón su defensa obstinada ante los peligros de afuera. Pero ahora deben hacer más: deben también protegerse unos a otros y a unos de otros. Deben manejar las presiones externas pero también tienen delante otra cosa por construir: un proyecto de convivencia entre sí y con los ecosistemas.

Bibliografía

- Amador, Eduardo, et. al. 1996. *Plan de Manejo del Parque Nacional Galápagos*. (Puerto Ayora: SPNG-INEFAN).
- Arboleda, María 2001. “Género y ambiente en Galápagos: Roles productivos, reproductivos y comunitarios de las mujeres en relación con los hombres y posición de las mujeres frente a los temas ambientales”. ProGenial Ecuador / Banco Mundial. Quito, Agosto. Inédito.
- Barber, Hugo 2000. “Opinión Pública, conservación y percepción del desempeño institucional en Galápagos”. En J. Cevallos y C. Falconí (coords.). *Informe Galápagos 1999 – 2000*. (Quito: Fundación Natura / WWF).
- Barth, Frederick 1976. *Los grupos étnicos y sus fronteras*. (México: Fondo de Cultura Económica).
- Berman, Marshall 1995. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. A. Morales V. (trad.). 8va. edición en español. (Madrid y México: Siglo XXI).
- Borja, Raúl 2000. La migración a Galápagos: una lectura desde los censos de 1990 y 1998. En J. Cevallos y C. Falconí (coords.). *Informe Galápagos 1999 – 2000*. (Quito: Fundación Natura / WWF).
- Borja, Raúl y Jaime Pérez 2000. *Parque Nacional Galápagos. Dinámicas migratorias y sus efectos en el uso de los recursos naturales*. (Quito: Fundación Natura / WWF / TNC).
- Bourdieu, Pierre 1991. *El sentido práctico*. A. Pazos (trad.). (Madrid: Taurus).
- Bourdieu, Pierre 1994. *Raisons Pratiques. Sur la théorie de l’action*. (París: Editions du Seuil).
- Bourdieu, Pierre 1999. *Meditaciones pascalianas*. T. Kauf (trad.). (Barcelona: Editorial Anagrama).
- Coello, Segundo 1996. “Situación y Opciones de Manejo de las pesquerías de Galápagos. Perspectivas para la Implantación del Plan de Manejo de la Reserva de Recursos Marinos”, Informe de Consultoría para GOPA. Febrero-junio. Inédito.
- Crespo Plaza, Ricardo 1998. *Gestión Ambiental en la Ley de Régimen Especial para la Conservación y Desarrollo Sustentable de la Provincia de Galápagos*. (Quito: CEDENMA).
- Crucible Group 1994. *Gente, Plantas y Patentes. Impactos de la propiedad intelectual sobre la biodiversidad, el comercio y las sociedades rurales*. Trad. A. González e I. Izquierdo. (Montevideo: CIID-Ed. Nordan).
- De Miras, Claude, Marco Andrade y César Carranza 1996. *Evaluación socio – económica de la pesca experimental de Pepino de Mar en Galápagos. Informe Final*. (Quito: Fundación Charles Darwin para las Islas Galápagos / ORSTOM. Colaboración del SPNG y la Subsecretaría de Recursos Pesqueros).
- Descola, Philippe y Gísli Pálsson (coords.) 2001. *Naturaleza y Sociedad. Perspectivas antropológicas*. S. Mastrángelo (trad.). (México: Siglo XXI).
- Dubet, Francois 1989. “De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto”. En *Estudios Sociológicos* VII. 21. F. Zapata (trad.). México.
- ECChD / PNG. Equipo de Monitoreo Pesquero 2001. “Informe de la pesquería de pepino de mar (primera quincena)”. [Puerto Ayora]: Estación Científica Charles Darwin y Parque Nacional Galápagos. [julio]. Inédito.
- Echeverría, Bolívar 1998. El “valor de uso”: ontología y semiótica. En B. Echeverría. *Valor de Uso y Utopía*. (México: Siglo XXI).
- Ellen, Roy 2001. La geometría cognitiva de la naturaleza. Un enfoque contextual. En Descola, P. y

- G. Pálsson (coords.). *Naturaleza y Sociedad. Perspectivas antropológicas*. S. Mastrángelo (trad.). (México: Siglo XXI).
- Erickson, Andrea y Pablo Ospina 1998. “Galápagos: Población estimada, pobreza, mercado laboral, políticas públicas y migración”. En P. Ospina (coord.). *Informe Galápagos 1997-1998*. (Quito: Fundación Natura / WWF).
- FChD [2000]. *Fundación Charles Darwin para las Islas Galápagos. Proyecciones. Con la incorporación del Informe anual 1999*. (Quito: Fundación Charles Darwin para las Islas Galápagos).
- Flores Galindo, Alberto 1988. *Buscando un Inca. Identidad y utopía en los Andes*. 3ra. ed. (Lima: Editorial Horizonte / Instituto de Apoyo Agrario).
- García Canclini, Néstor 1990. *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. (México: Editorial Grijalbo).
- Gavilán, Vivian y Pablo Ospina 2000. “Mujeres y hombres en Galápagos. Demografía, mercado laboral y migraciones. Una mirada desde las relaciones de género”. En J. Cevallos y C. Falconí (coords.). *Informe Galápagos 1999 – 2000*. (Quito: Fundación Natura / WWF).
- Gavilán, Vivian y Pablo Ospina 2000a. “Diagnóstico de la Situación y Condición de las Mujeres en Galápagos. Propuestas para el Diseño de Políticas e Indicadores de Género”. Quito: Informe de Consultoría para Fundación Natura y WWF. Junio. Inédito.
- Gordillo, Jacinto 1999. “Una historia del hombre en Galápagos”. Puerto Villamil: Inédito.
- Gramsci, Antonio 1985 [1929-33]. *Cuadernos de la Cárcel*. Tomo 1. Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de V. Gerratana. A. M. Palos (trad.). (México: Ediciones Era).
- Gramsci, Antonio 1999 [1932-5]. *Cuadernos de la Cárcel*. Tomo 5. Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de V. Gerratana. A. M. Palos (trad.). (México: Ediciones Era / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla).
- Grenier, Christophe 1996. “Réseaux contre Nature. Conservation, tourisme et migrations aux îles Galápagos (Equateur)”. Tesis de Doctorado, Universidad de Paris I, bajo la dirección de Roland Pourtier. Université Paris I Panthéon Sorbonne / ORSTOM. Diciembre. Inédito. [El texto ha sido publicado luego: Christophe GRENIER. 2000. *Conservation contre nature. Les îles Galapagos*. (Paris: IRD Editions. Collection Latitude 23)]
- INEC 1998. [“Censo de Población y Vivienda, noviembre de 1998. Galápagos. Tablas Estadísticas”]. Versión electrónica. Quito. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. Inédito.
- INGALA San Cristóbal [2001]. “Base de Datos. Instituciones públicas. Instituciones semipúblicas y privadas con finalidad social o pública. Organizaciones sociales y ONG. Comités Barriales. Sector Deportes y Recreación”. Puerto Baquerizo Moreno: Policopiado proporcionado por el departamento de organizaciones del INGALA. Inédito.
- INGALA Santa Cruz 1998. “Registro de Organizaciones Sociales de Galápagos 1998”. Puerto Ayora: Policopiado proporcionado por el departamento de organizaciones del INGALA – Santa Cruz. Inédito.
- Larrea, Carlos et al. 1999. *Desarrollo Social y Gestión Municipal en el Ecuador: Jerarquización y Tipología*. (Quito: ODEPLAN).
- Latorre, Octavio 1991. *Manuel J. Cobos. Emperador de Galápagos*. (Quito: Fundación Charles Darwin para las Islas Galápagos).
- Latorre, Octavio 1997. *La Maldición de la tortuga. Historias trágicas de las islas Galápagos*. 3ra edición. (Quito: Artes Gráficas Señal).
- Latorre, Octavio 1999. *El Hombre en las Islas Encantadas. La historia humana de Galápagos*. (Quito: FUNDACYT).
- Ministerio de Medio Ambiente. Programa de Manejo Ambiental para las Islas Galápagos 1998. *Ley de Régimen Especial para la Conservación y el Desarrollo Sustentable de la Provincia de Galápagos*. (Quito: MMA-CONADE-BID).
- Ospina, Pablo (Coord.) 1997. *Informe Galápagos 1996-1997*. (Quito: Fundación Natura / WWF).
- Ospina, Pablo (Coord.) 1998. *Informe Galápagos 1997-1998*. (Quito: Fundación Natura / WWF).
- Ospina, Pablo (Coord.) 1999. *Informe Galápagos 1998-1999*. (Quito: Fundación Natura / WWF).
- Ospina, Pablo 2001. *Identidades en Galápagos. El sentimiento de una diferencia*. (Quito: Trama ediciones).
- Papagaroufali, Eleni 2001. Xenotrasplantes y transgénesis. Historias in- morales sobre relaciones entre humanos y animales en occidente. En Descola, P. y G. Pálsson (coords.). *Naturaleza y Sociedad. Perspectivas antropológicas*. S. Mastrángelo (trad.). (México: Siglo XXI).
- Plan 1999. *Plan de Manejo de Conservación y uso sustentable para la Reserva Marina de*

Galápagos. Publicado en el Registro Oficial No. 173, del 20 de abril de 1999. (Quito: PNG / FChD / USAID).

Ribadeneira, Mónica 2001. “Galápagos, un desafío de legislación de Areas Protegidas del Ecuador”. Tesis Doctoral, Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Quito. Inédito.

SIISE 2000. *Sistema Integrado de Indicadores Sociales del Ecuador. Versión 2.0*. Quito: Ministerios del Frente Social, INEC, INNFA, CONAMU. Versión digital.

Toral, V. et. al. 2000. La pesca artesanal en Galápagos 1999 – 2000. En J. Cevallos y C. Falconi (coords.). *Informe Galápagos 1999 – 2000*. (Quito: Fundación Natura / WWF).

Todorov, Tzvetan 1999. *El jardín imperfecto. Luces y sombras del pensamiento humanista*. E. Folch González (trad.). (Barcelona – Buenos Aires - México: Paidós. Biblioteca del Presente 8).

Vanegas, Brenda 1998. Leyendas y tradiciones de Galápagos, en la cultura y literatura, como expresión popular. (Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana).

Worster, Donald 1999 “Transformaciones de la Tierra: hacia una perspectiva agroecológica en la historia”, En, *Tareas*, 103, Panamá (consultado en: Historia Agroambiental de América Latina. Cursos de Formación a Distancia 2001, Cátedra Florestán Fernández. CLACSO / ASDI. CD- ROOM)

1 La investigación que sustenta este estudio fue posible gracias a la contribución del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), en el marco del Programa de Becas CLACSO / ASDI para investigadores jóvenes de América Latina y el Caribe 2000. El trabajo forma parte de los resultados del Proyecto "Experiencias migratorias e identidades en Galápagos" que fue premiado con una beca de investigación en el Concurso para jóvenes investigadores 'Culturas e Identidades en América Latina y el Caribe'. La investigación de campo recibió también el apoyo adicional de una consultoría sobre actores locales para The Nature Conservancy / Quito. El antropólogo Jacques Ramírez me acompañó en la visita de campo como ayudante de investigación y recopiló una parte de la información.

2 Especie "endémica" es aquella que solo existe en un sitio determinado y en ninguna otra parte del planeta.

3 No he querido recargar esta introducción con notas bibliográficas. He citado información ampliamente conocida que no provocará controversia alguna entre los lectores. Entre los estudios pormenorizados que sustentan mis afirmaciones, remito al lector a Octavio Latorre (1999, 1997, 1991), a Christophe Grenier (1996), a Erickson y Ospina (1998), a Borja y Pérez (2000) y a Ospina (1997, 1998 y 1999).

4 No estoy inventando nada demasiado revolucionario: es la conocida tesis de Frederick Barth (1977).

5 El trabajo teórico que alimenta mi comprensión del proceso de construcción de la identidad es el Francois Dubet (1989). Su rico y sugerente trabajo fue usado ya en mi trabajo anterior (ver especialmente este mismo resumen en Ospina 2001: 78).

6 Originalmente la propuesta de investigación incluía el análisis de tres grupos de migrantes: los indígenas salasaca, los negros de la provincia de Esmeraldas y los grupos de extranjeros. El trabajo de campo no permitió un acercamiento suficiente a estos grupos, salvo algunas entrevistas y observaciones, por lo que el análisis al respecto será más superficial de lo previsto originalmente. Se enfatizará mucho más en el análisis de las estrategias de las elites en las islas, sus redes familiares y sus modos de extensión de la autoridad.

7 Evidentemente, es posible encontrar en Gramsci muchas otras indicaciones de que era consciente de factores "no deliberados" del consenso dominante. Apunto, por ejemplo, sus perceptivas notas sobre el "sentido común" y el folklore (Gramsci 1985: 140 y 151).

8 En la nomenclatura de Bourdieu, la *doxa*, noción tomada de Platón, es un "sentido común" aceptado como auto-evidente y por lo tanto no solo incuestionado sino que los sujetos no tienen herramientas intelectuales o simbólicas para cuestionar. Es una adhesión originaria, "inmediata, que se establece en la práctica entre un habitus y el campo con el que éste concuerda" (1991: 115-7).

9 Retomo el título del conocido libro de Karl Polanyi dedicado a la emergencia de las sociedades de mercado modernas en Europa.

10 No es el lugar para tratar en detalle el tema, pero mis principales fuentes de inspiración para el debate entre lo "tradicional" y lo "moderno" son Marshall Berman (1995), Néstor García Canclini (1990) y el clásico y sugestivo trabajo de Alberto Flores Galindo (1988).

11 Amalia Pallares (2000: 269-71), por ejemplo, aplica el concepto de "*doxa*" para estudiar las transformaciones agrarias de los setenta en una parroquia indígena de Chimborazo.

12 En otro texto (Ospina 2001: 46) ya insistí sobre la importancia de este rasgo de "derecho adquirido" en la imagen que tienen de sí mismos los galapagueños, especialmente los migrantes antiguos y los nativos.

13 Agradezco a A.C. por la cálida entrevista que me permitió sobre el mar de Bahía Academia, el 22/07/2001.

14 Ya traté sobre el origen de este sector en Ospina (2001: 28-30).

15 Varias veces antes el tema estuvo en la agenda del Estado ecuatoriano. En 1861 el Congreso convirtió a Galápagos en provincia, con una legislación especial, un gobernador y una pequeña guarnición; pero fue incapaz de hacerla funcionar realmente. En 1883 la Convención Nacional eliminó la provincia de papel y volvió a anexarla a Guayas como "territorio insular", dotada de una legislación especial que sería aprobada en 1885 (Latorre 1999: 128 y 157).

16 Transportes Aéreos Militares del Ecuador, todavía en manos de las Fuerzas Armadas.

17 Los datos de este párrafo son suficientemente conocidos. Para profundizar en ellos, se puede consultar a Latorre (1999), Grenier (1996: cap. 7) o usar el testimonio de un testigo presencial: Jacinto Gordillo (1999).

18 Este es un motivo central de casi todas las historias de vida de migrantes cuyo origen está en la administración pública. Ver por ejemplo, H.J., policía de Santa Cruz, B.C., cuyo marido fue policía de la colonia penal en Isabela, A.C., también policía de la colonia penal, S.Z., ex-marino en San Cristóbal; entre otros (entrevistas realizadas en Santa Cruz, Isabela y San Cristóbal, el 6, 7 y 8/08/2001, el 31/07/2001 y el 22/02/2000).

19 Solo 26.000 hectáreas en las cuatro islas forman el "espacio habitable" de Galápagos. El resto, casi 7 millones de hectáreas, es el Parque Nacional.

20 Esta entrevista no se hizo con grabadora. La cita es aproximada.

21 Señalo de pasada que el importante trabajo de Christophe Grenier (1996), por lo demás muy perceptivo respecto del funcionamiento de la sociedad local, no le dedica un solo párrafo a las estructuras familiares isleñas. A mi conocimiento este trabajo es el primer intento de abordar el tema del parentesco en las islas.

22 Lo que sigue está basado en el análisis de la genealogía de la rama isabeleña de la familia Gil (recogida entre el 24 y el 31 de julio de 2001). La ayuda invalorable y desinteresada de G. G., G. G., T. T., A. C. y J. G., en varias oportunidades nunca será suficientemente agradecida. La información fue completada por la revisión de los archivos del Registro Civil de

Isabela. Otras entrevistas a A.L. y G.J. también fueron de gran utilidad. Agradezco también la apertura de R. R., encargada del Registro Civil de Puerto Villamil.

23 Sus apellidos se desdibujan al filo del tiempo mientras se conservan los apellidos de línea masculina: esa es la razón por la cual hablamos, en Isabela, de la “familia Gil” en lugar de la “familia Ochoa” o “Chamaidán”. Pocas veces aparece con más claridad ante el historiador la “invisibilización” del rol de las mujeres en la vida social.

24 Uso esta palabra, “penados”, porque es la que se acostumbra usar en Isabela para referirse a los prisioneros de la colonia penal. Me parece una palabra llena de significados encontrados: se conduce del prisionero y en parte lo libera de culpa; oculta su condición y resalta su sufrimiento.

25 Entre las familias de “penados”, tenemos los Murillo, Pilamunga y Pinoargote; entre las familias de Policías, los Flor, Noboa, Moscoso y Constante; entre las familias que llegaron en las mismas fechas por otros variados motivos, los Pomboza, Yépez y Rosero.

26 Para este análisis estadístico consideré que un contrayente era miembro de una familia original (instalado antes de 1920) o de una familia instalada entre los cuarenta o los cincuenta, si uno de sus dos primeros apellidos coincidía con los apellidos identificados como provenientes de cada época. En general, cotejé el apellido con los datos del registro civil, con los nombres de padre y madre y con el testimonios de mis informantes. No creo que haya muchas equivocaciones, pero una revisión más exhaustiva junto a amigos isabeleños podría depurar los datos y hacerlos más confiables.

27 Partido “populista” fundado por Carlos Guevara Moreno en los años cincuenta y luego ligado al carismático líder guayaquileño Assad Bucaram. Impedido de participar en las elecciones de 1978, donde probablemente habría ganado, Bucaram postuló y apoyó a su yerno, Jaime Roldós Aguilera, elegido abrumadoramente como Presidente de la República en 1979.

28 Ecuatorianismo que significa “adaptarse”.

29 El motivo de mujeres angustiadas, aisladas y llevadas al límite de sus fuerzas por la obstinación de un marido que había decidido quedarse en las islas, aparece constantemente en las historias de vida. Ese fue también el caso de B.C (Puerto Ayora, entrevista del 06/08/2001).

30 La vida de M.F. y de su familia me fue contada en una larga conversación por F.F. (Puerto Villamil, 31/07/2001).

31 Solo durante dos meses, en 1994, se hizo una pesca legal “experimental” de pepino de mar. La literatura sobre la pesca de pepino de mar es bastante amplia en las islas. Remito a los trabajos de Coello (1996), De Miras et. al (1996), Ospina (1997: 22-4) y Toral et. al. (2000: 57-9).

32 Cisneros es expresión de un reducidísimo grupo de “familias originales” de origen campesino, llegadas en tiempo de la hacienda, que tuvieron cierto éxito en el comercio. De hecho, solo conozco su caso. A.L., otro campesino de las familias originales es también comerciante local de productos agrícolas (viaja regularmente a vender a Santa Cruz), pero su situación económica no tiene comparación con la de Cisneros.

33 E.R., nativo de Santa Cruz resaltaba que la lucha por el “empleo” era una reivindicación de los migrantes recientes. Los nativos y migrantes antiguos quieren ser propietarios de sus propios negocios (Puerto Ayora, entrevista del 01/08/2001).

34 No incluí en la estadísticas a las Juntas parroquiales sobre las que no pude obtener información completa.

35 En una tarde apacible de fines de julio de 2001 en Isabela, cuando hacía afanosamente con G.G. el árbol genealógico de su familia, su nieta de cuatro años se cruzaba por la estancia, jugaba en la hamaca y recibía la sombra de las palmeras. En uno de sus correteos le pregunto “¿Por qué te gusta Isabela?”. Sin dudar un instante mientras se arrimaba al regazo de su abuelo me dijo “Por qué no hay ladrones”. La reivindicación de la “tranquilidad” es el fruto de la vivencia diaria de cualquier niña galapagueña como ella, de su familia y también de las imágenes televisivas de un continente asolado para la crisis económica y la violencia cierta o magnificada.

36 Debo reconocer que F.S. es el único de todos los políticos con el que hablé que negó que las redes familiares fueran necesarias o importantes en las campañas políticas. Sin embargo, su familia no lo hizo.

37 Este proceso de “aceptación” isleña es lo que en realidad traté en mi trabajo anterior sobre el paso de “afuereño” a “galapagueño” (Ospina 2001: 57-62). Pero en ese texto estuvo prácticamente ausente esta otra dimensión (más bien personal de cada migrante) de ese cambio decisivo en la identidad de los sujetos.

38 Solo por pago de impuestos de ingreso a las Areas Protegidas de Galápagos, los turistas dejan más de 5 millones de dólares, el 6% del gasto total. Recordemos que la Ley Especial de 1998 permitió que el 95% de este impuesto se repartiera entre 8 instituciones isleñas, cuando hasta entonces solo entre el 30 y el 40% regresaba a las islas como presupuesto del Parque Nacional Galápagos (Ospina 1997: 21; Ospina 1998: 10-1).

39 En 1997 había 457 pescadores registrados ante la Marina Mercante. En 2000, los pescadores con licencia del Parque Nacional Galápagos eran ya 682 (Toral et. al. 2000: 54). En el Censo de Población de noviembre de 1998, 369 personas declararon que su actividad principal era la pesca. No hay que olvidar que la Ley Especial establece que los pescadores artesanales son residentes permanentes que están afiliados a las cooperativas de pesca legalmente constituidas en la provincia (Ministerio de Medio Ambiente 1998: art.43 num. 2, p. 48). Con ello delega, en la práctica, a las cooperativas de pesca la determinación de la condición de pescador artesanal. Cómo limitar y manejar esta afiliación ha sido una permanente fuente de conflictos en los debates entre ambientalistas, operadores turísticos y cooperativas de pesca alrededor del Plan de Manejo de la Reserva Marina de Galápagos (ver Plan 1999: en especial 69-73).

40 La Unión Nacional de Educadores, y las asociaciones de empleados y trabajadores del INGALA, del Consejo Provincial y de los tres municipios.

41 Recordemos que la Cámara de Turismo incluye personas jurídicas, pero podemos asumir que por cada persona jurídica hay un representante legal y que ese representante es miembro de la organización.

42 La Ley Especial dispuso que el 20% de los ingresos por impuesto a la entrada de turistas a las áreas protegidas de la provincia se dirigiera a los municipios, el 10% al Consejo Provincial y el 10% al INGALA (Ministerio de Medio Ambiente 1998: art. 18, p.34). En 1999 los fondos totales distribuidos por la Ley Especial ascendieron a más de cinco millones de dólares (Falconí y Cevallos 2000: 30).

43 Grenier (1996: 467) ya apuntó este fenómeno. Indicaciones adicionales de esta tendencia se encuentran en Ospina y Erickson (1998) y en Borja y Pérez (2000). Sin embargo, no seguimos a Grenier cuando hace análisis estadísticos más finos a partir de sus encuestas dividiendo la muestra por islas y por épocas. Grenier no advierte que su muestra es demasiado pequeña para que esas manipulaciones sean estadísticamente justificables.

44 Esta idea, que él llamaba “núcleos de comunicación” se la debo a J.H. Puerto Ayora, 1/08/2001.